

Otro bienestar es posible
...y necesario

COLECCIÓN SINERGIA

SERIE ROJA

Directora:

Julia Pérez Ramírez

Antonio Zugasti

Otro bienestar es posible
...y necesario

© *Fundación Emmanuel Mounier*
Melilla, 10. 8.º D. 28005 Madrid
Teléf. y Fax: 91 473 16 97
e-mail: editorial@mounier.org
www.mounier.org

© *IMDOSOC*
Pedro Luis Ogazón, 56. 01020 México D. F.
Teléf. 5 661 44 65. Fax 5 661 42 86
imdosoc@imdosoc.org.mx

© *del texto:*
Antonio Zugasti

© *de la presente edición:*
el editor

Diseño de cubierta:
unocomunicación

Depósito legal: M-4403-2013
ISBN: 978-84-15809-01-2

Imprenta Kadmos
SALAMANCA, 2013

A mi nieto, Mateo

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
EL BIENESTAR	19
¿Qué entendemos por bienestar?.....	19
<i>Estado del bienestar</i>	19
<i>Modelo de bienestar</i>	21
La felicidad, aspiración básica de la humanidad	23
La oferta del capitalismo.....	26
La felicidad obligatoria.....	28
Educación para el consumo	30
Propuesta exitosa	34
Un modelo tramposo.....	44
Modelo insostenible.....	48
¿Por qué seguimos?.....	49
¿Pensamiento único o demencia global?	51
Ilusiones	54
BUSCANDO OTROS CAMINOS.....	57
Los placeres	62
Otros placeres.....	64
<i>La satisfacción de saber</i>	65
<i>Disfrutar el arte</i>	67
<i>La satisfacción de crear</i>	71
<i>Las relaciones humanas</i>	73

<i>No ser 'clases pasivas'</i>	76
<i>Disfrutar como niños</i>	77
<i>La naturaleza, la fuente de la vida</i>	80
<i>«In corpore sano»</i>	85
<i>El trabajo gratificante</i>	87
Recapitulando	89
Segundo nivel, el buen vivir	92
<i>Sumak Kawsay</i> , el Buen Vivir.....	96
El sentido de la vida.....	98
Un sentido último.....	102
Y NECESARIO	105
¿En qué estamos fallando?.....	105
Nuevo keynesianismo	114
Puesta en marcha.....	117
¿Lo conseguiremos?.....	119

PRESENTACIÓN

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre ha inventado todos los cuentos.

León Felipe

Yo tampoco sé muchas cosas, es verdad. No soy economista, ni sociólogo o psicólogo, ni mucho menos tengo un máster por una universidad americana. No pretendo en absoluto escribir un tocho más o menos académico. Digo sólo lo que he visto. Lo que he visto por las calles de mi barrio, donde los jóvenes forman una nueva legión, los novios de la precariedad. Legión en la que conviven peones de la construcción y arquitectos. Viven encerrados en un irracional sistema económico que los condena a no tener trabajo porque hay demasiadas viviendas construidas, pero ellos no tienen vivienda porque no pueden pagarla. También lo que he visto muy lejos del barrio, al otro lado del Atlántico, los estremecedores suburbios de Lima, la aplastante mole

de humanidad y *smog* que se amontona en la ciudad de México, la miseria que se desparrama por sierras, valles y altiplanos andinos. He visto la imagen impactante de pueblos machacados por siglos de opresión y pobreza. Y lo que he visto cuando me he asomado a la sabana africana, donde muchedumbres de niños con los vientres hinchados conviven con enjambres de vigorosas moscas y unas pocas esqueléticas cabras. Y también lo que he visto curioseando por los escaparates del barrio de Salamanca, u hojeando los revistas en que los ricos más horteras hacen gala de su ostentosa opulencia.

Digo lo que he visto y lo que he oído. Los cuentos que me han contado a lo largo de ochenta años de vida. Allá en la lejana infancia, los cuentos de Blanca Nieves y Caperucita Roja, a los que acompañaron pronto los cuentos de la camisa azul. Los de la España Imperial en la que amanecía una primavera cuajada de patria, justicia y pan. Luego vinieron los cuentos del desarrollismo y las historias sobre la Europa fantástica que contaban los emigrantes de la maleta de cartón. La ráfaga de ilusión de mayo del 68. Los encantadores cuentos de la Transición y la Movida que arrulló el desencanto. El cuento de la Sociedad del Ocio, en la que los avances de la microelectrónica y la informática iban a permitir tal automatización de la producción y los servicios que el trabajo humano iba a ser una actividad residual. Luego vinieron los cuentos de la Europa Unida, el Mercado Común y el benéfico mago Euro, que iba a transformar nuestras humildes pesetas en la moneda del futuro, la que miraría al dólar por encima del hombro y nos pondría al abrigo de las turbulencias que quisieran amenazar nuestro flamante orgullo de nuevos ricos. Todos estos cuentos rezumaban optimismo. Es verdad que

quedaban algunos problemas marginales, pero todos los cuentos anunciaban una segunda parte, que iba a salir a la luz rápidamente, en la que esos problemas se resolverían y llegaría el final feliz para todos.

Pero de un tiempo a esta parte me encuentro con un cuento nuevo. Un cuento en que el tono ha cambiado radicalmente, ahora es sombrío y apocalíptico. Su título suena contundente e inapelable, ¡NO HAY MÁS REMEDIO! Domina en él un clima de temor y oscuridad. Ni siquiera se sabe bien quiénes son los protagonistas. Así, a primera vista, parece que somos todos los pueblos del mundo, con un papel especial para los europeos, pero en la sombra hay otros inquietantes personajes que lo controlan todo: ¡LOS MERCADOS! Ahora los cuentos no nos invitan a correr excitantes aventuras para acabar siendo felices y comiendo perdices. Ahora nos urgen a esforzarnos duramente para evitar lo peor. Simplemente *evitar lo peor*. Lo malo es inevitable. Ahora del final feliz prácticamente ya no se habla. Y cuando alguno de nuestros gobernantes, el señor Rajoy o la señora Cospedal, por ejemplo, se atreven a anunciar que sus reformas encienden una luz al final del túnel, sus argumentos constituyen un claro insulto a la inteligencia de sus oyentes.

Las versiones del cuento que insinúan la vuelta a un cierto bienestar lo sitúan en un lejano e impreciso futuro que, en todo caso, sólo se alcanzará después de años de esfuerzo y sacrificios. Pero otras versiones del cuento ni eso esperan, nos sepultan en el fatalismo más inapelable: *no os molestéis, todo es inútil*. El inmovilismo, el miedo y la resignación fatalista son la consecuencia inevitable de estos cuentos.

Un buen ejemplo de ese fatalismo es un artículo de Juan Manuel de Prada, titulado «Atrapados sin salida», publicado en junio de 2011 en finanzas.com. En él expresa el «dilema irresoluble en que se hallan las sociedades occidentales, empujadas hacia un callejón sin salida». Hemos entrado en ese callejón empujados por el desarrollo tecnológico y el crecimiento económico y ahora no podemos retroceder,

porque dar marcha atrás resulta ya imposible, o tan arduo que ni siquiera podemos concebir (mucho menos afrontar) las consecuencias insoportables de la renuncia. Sabemos que estamos atrapados y sin salida; y que todo esfuerzo de rectificación demandaría de nosotros sacrificios ímprobos, impronunciables, sobrehumanos.

En ese callejón nos encontramos con la energía nuclear,

pero la triste realidad es que ya no podemos sobrevivir sin ella: nuestra forma de vida demanda una producción energética creciente; y retornar a un estadio de privaciones en el que la energía nuclear resulte superflua o prescindible se nos antoja intolerable. Al mismo tiempo, sabemos que tampoco podremos sobrevivir con ella: tarde o temprano, por mucho que nos afanemos en construir centrales nucleares con sistemas de seguridad a prueba de terremotos como el de Japón, sobrevendrá un terremoto que deje chiquito el de Japón; y, aun suponiendo que llegáramos a construir centrales nucleares capaces de resistir cualquier catástrofe natural, nunca podríamos impedir que un gobernante o un terrorista desquiciados la empleasen con fines destructivos. Somos rehenes de la energía nuclear.

En el caso de la energía nuclear el problema es mayor de lo que dice de Prada. No se trata sólo de un accidente o una locura más o menos probable. Lo más grave y cierto son los residuos radioactivos emitiendo radiaciones mortales durante miles y miles de años. Una pesada hipoteca para cientos y cientos de generaciones humanas. Y luego está que el combustible nuclear tampoco es ilimitado. A un plazo no demasiado largo también se agotará. Pero volvamos a su texto:

Todo intento de resolver este dilema irresoluble es un pataleo estéril: porque el veneno que nos mata es al mismo tiempo la medicina que garantiza nuestra supervivencia. O siquiera la supervivencia de una forma de vida que, íntimamente, sabemos injusta y depredadora; pero a la que ya no estamos dispuestos a renunciar.

En el aspecto estrictamente económico, el artículo recuerda que

Bill Gross, el mayor gestor de fondos del mundo, afirmaba que Estados Unidos se halla en peor situación financiera que Grecia, que es tanto como decir que estamos al borde de una bancarrota mundial... que Estados Unidos esté arruinado significa que se han acabado las hierbas (y no digamos los brotes verdes), que nuestra forma de vida ha dejado de ser viable. Y entonces sólo nos resta, como a los personajes del poema de Kavafis, aguardar estólicamente la 'llegada de los bárbaros', el desenlace fatídico y estragador.

Un aspecto positivo del artículo es que no se deja obnubilar por la abrumadora crisis económica que nos envuelve y tiene muy presente la crisis ecológica que

está en el fondo de nuestra sociedad rabiosamente materialista. Si nos tomamos en serio lo que el artículo dice (y razones para tomarlo en serio no faltan; por ejemplo, el rotundo fracaso de la reciente conferencia de Durban sobre el cambio climático), nos quedamos sin respiración. No hay duda de que nos encontramos en una situación sumamente peligrosa, y la amenaza de una gran catástrofe ecológica y social no es una pesadilla onírica, sino una realidad sobradamente documentada.

Pero ¿supone eso que realmente estamos en un callejón sin salida? En el supuesto de J. M. de Prada, ciertamente lo estamos. Si aceptamos la tesis del capitalismo como fin de la historia, ciertamente no hay salida. Y una mentalidad burguesa y conservadora difícilmente puede concebir una opción distinta al sistema capitalista actualmente dominante. Resulta curioso que un escritor con tan pocas veleidades progresistas venga a coincidir con el análisis de la sociedad que realiza el pensamiento clásico de la izquierda radical cuando afirma que la única alternativa al socialismo es la barbarie. «la ‘llegada de los bárbaros’, el desenlace fatídico y estragador», en palabras del mismo de Prada.

Efectivamente no hay solución si seguimos dentro del sistema capitalista; los bárbaros llegarán como los cuatro jinetes del Apocalipsis. Pero lo fundamental es que el pesimismo de J. M. de Prada está basado en la creencia de que a los seres humanos «dar marcha atrás resulta ya imposible, o tan arduo que ni siquiera podemos concebir (mucho menos afrontar) las consecuencias insoportables de la renuncia». Pero, y aquí está la cuestión fundamental: abandonar la forma de vida capitalista ¿va ser una marcha atrás? ¿Por qué no puede

ser un paso adelante? ¿Es inevitable que tenga consecuencias insoportables? ¿A qué renunciamos?

Según de Prada, «Nuestra forma de vida demanda una producción energética creciente... Nuestra forma de vida ha dejado de ser viable». Vamos a ver, nuestra forma de vida tiene una serie de elementos que han sido alcanzados en un secular proceso de avance: la libertad, la democracia, la proclamación de los derechos humanos. Todos estos componentes de nuestra forma de vida son enormemente positivos, contribuyen a hacerla más humana, incluso a darle una mayor estabilidad y hacerla más placentera. Nada de eso demanda una producción energética creciente y de ninguna manera eso ha dejado de ser viable. Pero también hay un elemento que nos obligaría a dar la razón a de Prada. La *sociedad de consumo* es también un elemento esencial de nuestra forma de vida. Es *esa sociedad*, que fomenta un consumo insaciable, la que demanda una utilización de recursos y una producción energética crecientes y la que realmente ha dejado de ser viable.

¿Nos tiene que llevar esto a pensar que estamos atrapados y sin salida? Para el autor abandonar la sociedad de consumo es *retornar a un estadio de privaciones*, y claro que a nadie nos gustan las privaciones. De ahí los lamentos, los gritos de angustia y la incapacidad para salir de la trampa. Pero eso es un pensamiento típico del hombre unidimensional descrito hace mucho por Marcuse (leído ávidamente por los antiguos progres, y hoy olvidado totalmente por los flamantes neoliberales de la nueva izquierda). Para este tipo de hombre lo económico es el factor absolutamente dominante en la vida humana. Este tipo está dominado por la idea de que *el consumo, abundante y creciente, es lo único*

que puede proporcionar a los seres humanos una vida satisfactoria y plena.

Me parece muy claro que, desgraciadamente, gran parte de la izquierda ha aceptado este principio, y estoy convencido de que eso la ha conducido a su situación actual de desorientación y derrumbe. Ésa es la trampa que sí tiene a la izquierda *atrapada y sin salida*. Para romperla y salir es necesario reconocer y defender que existen otros caminos de realización humana, plenamente satisfactorios y realmente sostenibles, lo mismo en el terreno ecológico que en el social. *Defender que otro bienestar es posible.*

EL BIENESTAR

¿Qué entendemos por bienestar?

El socialismo y el comunismo rápidamente cambiaron, de ser movimientos cuya meta era una nueva sociedad y un nuevo Hombre, en movimientos cuyo ideal era ofrecer a todos una vida burguesa, una *burguesía universalizada* para los hombres y las mujeres del futuro. Se suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traduciría en una felicidad sin límites para todos.

Erich Fromm

Pocas palabras tan traídas y llevadas como la de bienestar. Desde la política a la publicidad, todos hablan de bienestar. Es una aspiración universalmente compartida: alcanzar el mayor bienestar posible. Pero ¿qué entendemos realmente por bienestar? En primer lugar quiero hacer notar que la palabra se usa en dos contextos muy diferentes: Estado del bienestar y modelo de bienestar.

Lo de *Estado del bienestar* es uno de los conceptos más manejados en la actual crisis económica: ataque al Estado del bienestar, defensa del Estado del bienest-

tar, reforma del Estado del bienestar, recortes al Estado del bienestar, posibilidad o imposibilidad del Estado del bienestar... Creo que todos tenemos una idea bastante clara de lo que quiere decir Estado del bienestar. Se trata de una forma de organización social en que el Estado garantiza a todos los miembros de la sociedad, independientemente de su capacidad económica o de cualquier otra circunstancia, una atención sanitaria adecuada, una educación integral, una jubilación digna, un apoyo en las diversas contingencias desfavorables que pueden ocurrir en la vida humana, como la falta de trabajo, los accidentes, las minusvalías, etc. Todo eso se reconoce como derechos universales. Es preciso destacar que esta situación no se ha logrado por el simple desarrollo económico o tecnológico, y mucho menos es consecuencia del libre juego del mercado. Se trata de *una decisión política adoptada por la voluntad de la mayoría de la población*. Y también por una decisión política se puede perder, no por motivos económicos. En los años de la posguerra, con la mayoría de los países europeos recuperándose todavía de la devastación de la guerra, fue posible acometer la construcción del Estado del bienestar. ¿Cómo pueden decir hoy, con una riqueza incomparablemente superior, que no es posible mantenerlo?

El Estado del bienestar es uno de los mayores logros de la humanidad. El problema es que sólo ha llegado a una pequeña porción del género humano. Miles de millones de personas carecen de los derechos más elementales en este terreno.

Naturalmente que el Estado del bienestar alcanzado en los países socialmente más avanzados es manifiestamente mejorable. Las instituciones públicas que prestan estos servicios pueden mejorar notablemente su eficiencia. Hay en ellas un riesgo evidente de bu-

rocratización que les resta eficacia y provoca un distanciamiento afectivo con la población usuaria de esos servicios. Luís Enrique Alonso escribió hace algún tiempo que los servicios públicos «serían participativos o no serían».

Pero, sobre todo, en una sociedad capitalista el mayor riesgo es la pérdida del *espíritu de servicio público*. En una sociedad ferozmente materialista, competitiva, donde lo que prima es el individualismo egoísta, es difícil resistir ese pestilente clima moral y mantener el ánimo para entregarse con honradez y generosidad a la tarea asignada en la sanidad, la educación o en cualquier otro servicio social. Y sin ese espíritu de servicio público, las entidades que se dedican a esta labor son organismos sin fuerza, sin vitalidad, que cualquier día pueden caer en las manos mercantiles de la iniciativa privada.

Afortunadamente son muchas las personas que superan el clima de egoísmo de la sociedad capitalista y desarrollan honradamente su tarea de servicio público. Comprobar que muchísimas mujeres y hombres siguen siendo buenas personas y, a pesar del ambiente desmoralizador, trabajan con empeño en un servicio a la comunidad, es algo que reafirma la esperanza de que la humanidad pueda establecer una organización social mejor que este avariento capitalismo.

Modelo de bienestar es una expresión mucho menos usada. Recuerdo que hace algún tiempo, en una conversación con una persona de indudable pensamiento de izquierdas y destacada militancia en el campo sindical, saqué el tema del *modelo de bienestar* de la sociedad capitalista. Ella respondió refiriéndose al *Estado del bienestar*. No tenía sentido para ella la expresión *modelo de bienestar*. Creo que a mucha gente le pasaría lo mismo. El mismo Mr. Google se queda muy sor-

prendido si le preguntas por «modelos de bienestar», y te acaba mandando a páginas que tratan de distintos modelos de Estado del bienestar. Sin embargo creo que es muy necesario poner de manifiesto que existen muy distintos *modelos de bienestar*, y que optar por un modelo u otro tiene una influencia social decisiva.

En primer lugar, ¿qué quiere decir ‘modelo de bienestar’? Entiendo que es la *forma de vida ideal* para lograr una existencia satisfactoria y feliz. Este ideal de vida ha variado de una manera muy notable en las múltiples culturas que se han desarrollado a lo largo y lo ancho de la historia humana. Lo que ocurre es que actualmente en nuestra sociedad se ha impuesto de manera aplastante un único ideal de vida, un único *modelo de bienestar*. Es el tipo burgués de bienestar al que se refería Erich Fromm cuando escribía: «Se suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traduciría en una felicidad sin límites para todos». En la mentalidad capitalista, lo mismo que domina un Pensamiento Único sobre lo políticamente correcto, parece que sólo existe una forma única de alcanzar el bienestar: *un consumo siempre creciente y la satisfacción ilimitada de todas nuestras apetencias*. Cuando la publicidad habla de bienestar, está dando por supuesto el modelo burgués de bienestar, y lo que nos ofrece, a través de una colonia o un crucero, es una forma de disfrutar más de ese modelo de bienestar.

Me parece que esta idea de bienestar es uno de los más firmes pilares en que se apoya el sistema capitalista. Si aceptamos este modelo creo que es prácticamente imposible construir un sistema social más justo, humano y ecológicamente sostenible que el capitalismo. Paradójicamente, la idea de que el modelo burgués de bienestar es lo mejor a lo que podemos aspirar los seres humanos considero que es una idea que, intelecto-

tualmente, es muy fácil de desmontar. Pero desgraciadamente está tan arraigada en el imaginario colectivo que pasar de la teoría a la práctica no es nada fácil. Ahora bien, el que sea difícil no quiere decir que sea imposible. Sólo será imposible si no lo intentamos. Y actualmente el cataclismo social creado por la crisis capitalista puede ayudarnos a cuestionar los principios básicos del sistema. Entre ellos su modelo de bienestar, su idea sobre la felicidad humana. Para ello necesitamos basarnos en una reflexión sobre la felicidad. Una reflexión que pretende acudir sobre todo al sentido común y el sentido crítico de las personas.

La felicidad, aspiración básica de la humanidad

Aranguren, catedrático de Ética, afirma que el hombre ante lo único que no es libre es ante su propia felicidad. Podemos poner la felicidad en los sitios más dispares; el budista radical lo pone en la aniquilación del yo, y el multimillonario en un yate de diez millones de euros. Nadie puede renunciar a ella; la buscan por igual el mártir y el verdugo. Lo mismo la ansía la joven que se mete en un convento de clausura, que la que sale a un escenario para hacer *strip tease*. Unos piensan alcanzarla por la vía de la renuncia, y otros por la vía de la posesión. Pero todos nos ponemos en marcha tras ella. Nadie lo ha dudado ni ha tratado de fundar ningún sistema filosófico, religioso, social, o del tipo que sea, negando el anhelo insaciable de felicidad de los seres humanos. Sea una felicidad inmediatamente alcanzada, o una felicidad aplazada para un más allá eterno e insondable

La reflexión filosófica más profunda y el lenguaje más corriente coinciden plenamente. Expresar que una persona ha alcanzado sus más preciados objetivos, que

se encuentra plenamente realizada, que su vida es totalmente satisfactoria se logra con dos sencillas palabras: ¡es feliz!

Para los grandes pensadores que en la Grecia clásica crearon las bases del pensamiento y la civilización occidental, el tema de la felicidad fue uno de los elementos fundamentales en su reflexión. Pero ya entonces aparecen distintas corrientes de pensamiento que buscan la felicidad por caminos muy distintos. Lucio Anneo Séneca comienza su breve tratado *Acerca de la vida feliz* con este párrafo: «Todos quieren vivir felizmente, hermano, pero al considerar qué es lo que produce una vida feliz caminan sin rumbo claro. Pues no es fácil conseguir la vida feliz, ya que uno se distancia tanto más de ella cuanto más empeñadamente avanza, si es que se da el caso de haber equivocado el camino; y la misma velocidad resulta causa de su mayor alejamiento».

Para el hedonismo la vida feliz se conseguía gracias al placer, una vida colmada de placeres era la mayor felicidad que los seres humanos podíamos conseguir. Los estoicos tomaban un camino muy distinto; para ellos el dominio de las pasiones y la superación del dolor era lo que nos permitía alcanzar la felicidad.

Los grandes filósofos de la antigüedad, Sócrates, Platón y Aristóteles, no compartían el ascetismo de los estoicos, pero sí ponían la felicidad en un terreno fundamentalmente espiritual: el cultivo de la sabiduría y la virtud, la plena realización de nuestra naturaleza humana es lo que nos proporciona una existencia feliz. Daban por supuesto que se tenían cubiertas las necesidades básicas que permitían una vida digna en su sociedad de hombres libres. Parece que la felicidad de los esclavos les preocupaba bastante menos.

Epicuro, al que a veces se confunde con los hedonistas por centrar su reflexión en el tema de la felicidad, en realidad se aparta claramente de ellos por la forma de alcanzarla. Para Epicuro la suprema aspiración, más que el placer desenfrenado, podemos decir que sería la serenidad: *no padecer dolor en el cuerpo ni turbación en el espíritu*. Esto exigía ciertamente una vida virtuosa, pues virtud y felicidad están íntimamente relacionadas: «No se puede vivir feliz sin vivir sensata, honesta y justamente, y no se puede vivir sensata, honesta y justamente sin vivir feliz». También debemos destacar el papel tan importante que Epicuro concede a las relaciones humanas, concretamente a la amistad, en el disfrute de una auténtica felicidad.

Naturalmente en el mundo cristiano también se reflexiona sobre la felicidad. El estoicismo influye de una manera muy importante en esta reflexión. Lo fundamental del pensamiento cristiano es poner la felicidad en la otra vida. Los placeres de este mundo son frustrantes, engañosos y nos apartan de nuestro verdadero objetivo, que es alcanzar la bienaventuranza eterna en el reino celestial. Aunque aquí es importante señalar la contradicción radical que se produce, sobre todo a partir del Edicto de Milán, entre la doctrina proclamada, el Evangelio de Jesús de Nazaret, y la praxis de la jerarquía católica, muy poco evangélica en muchos aspectos. Esta contradicción permanece en el fondo de la vida de la Iglesia católica a lo largo de los siglos. De todas formas el discurso dominante sigue orientado a la vida eterna. Esto va a hacer que en la cultura cristiana esté muy presente la idea del paraíso futuro, y por tanto relativice las circunstancias de la vida presente, introduciendo un componente de resignación ante el malestar y los sufrimientos de esta vida.

Podemos prolongar y extender todo lo que queramos la exposición de las posturas que a lo largo de la historia se han mantenido sobre el camino a la felicidad, pero lo importante para nuestro propósito es recalcar la multitud de esos caminos que los seres humanos hemos imaginado, y observar las orientaciones tan diferentes de muchos de ellos. A partir de esta realidad podemos llegar a una conclusión muy importante, y es que *inevitablemente la idea que tengamos sobre la forma de alcanzar la felicidad va a condicionar nuestra vida de una manera decisiva*. Nadie va a actuar de una forma que le aleje de su idea de felicidad. Podrá equivocarse y tomar una senda errónea, pero siempre caminará buscándola. Para que cambie será necesario que se convenza de que su camino está equivocado.

La oferta del capitalismo

Este contraste entre el atractivo insoslayable que ejerce y la espesa niebla en que se esconde hizo, pues, de la búsqueda de la felicidad uno de los temas estrella de la reflexión filosófica. Hasta que en esta secular búsqueda de la esquiva felicidad irrumpe el hombre burgués con una fórmula humanamente muy burda, pero clara y atractiva: *La felicidad se vende, sólo necesitas poder adquisitivo para comprarla. Cuanto más poder adquisitivo tengas, más podrás comprar*. Y si tus posibilidades te permiten llegar a las selectas boutiques donde una chaqueta cuesta diez mil euros, entonces flotarás por encima de los ángeles.

Jeremy Bentham, a principios del XIX, presenta ya una imagen acabada de este modelo humano, del hombre burgués. Para Bentham cada individuo, por su propia naturaleza, trata de llevar al máximo su propio

placer, sin ningún límite. Mantiene que «A cada porción de riqueza corresponde una porción de felicidad». Y «El dinero es el instrumento con el que se mide la cantidad de dolor o de placer». De modo que cada uno trata de maximizar su propia riqueza, sin límites. Entonces, la búsqueda del máximo de placer se reduce a la búsqueda del máximo de bienes materiales y/o de poder sobre los otros.

Este tipo humano ha existido en todas las épocas; es lo que los psicólogos denominan *homo oeconomicus*, para el cual lo crematístico es lo fundamental en la vida. Pero en otras culturas, y hasta entonces en la cultura occidental europea, de fuerte influencia cristiana, esta forma de ser y actuar no se consideraba como lo natural en el ser humano, sino que se la tachaba de avaricia y estaba moralmente mal conceptuada. Con el predominio de la mentalidad burguesa, este individuo ambicioso pasa a ser considerado como el modelo normal.

Esta fórmula burguesa impregna el imaginario colectivo de nuestra sociedad. ‘Vivir bien’ ya no es, como en los antiguos filósofos, vivir de una forma racional y honesta. Es disponer de unos ingresos elevados. Y cuanto más elevados, mejor se vive. Entonces puedes comprar todo lo que se te antoje y darte los caprichos que te dé la gana. Se prescinde de todas las demás circunstancias que rodean a la persona: si tiene problemas familiares, si está sometido a un tremendo estrés, si sus relaciones sociales son conflictivas... Todo eso son incidentes solucionables a mayor o menor precio. Si el precio se puede pagar, no tienen mayor importancia. Es el dinero precisamente el que da seguridad frente a esas circunstancias que muchas veces no podemos controlar. De su dinero el hombre y la mujer sí que son dueños. Por eso el dinero es lo más importante. Lo que verdaderamente te va a proporcionar la felicidad.

La felicidad obligatoria

Disponer de dinero abundante supone que has tenido éxito en la vida. Éxito económico, que es lo que realmente cuenta. El éxito hay que conseguirlo en una competencia, una lucha sin cuartel en la cual sólo hay vencedores o vencidos. Eres un triunfador o eres un desgraciado, miserable perdedor. O un miembro de esa anodina masa de mediocres sin ambición cuyo único destino es producir para los triunfadores. Felicidad y éxito se identifican. Luchar por la felicidad es luchar por el éxito y viceversa.

En la cultura capitalista, a la aspiración secular a la felicidad se une la urgencia de alcanzar el éxito, el triunfo. Si no eres feliz eres un desgraciado perdedor. El filósofo francés Pascal Bruckner ha publicado un libro, *La euforia perpetua*, que lleva como subtítulo «Sobre el deber de ser feliz». En él se analiza esta urgencia con que la cultura actual nos empuja a ser felices, atiza nuestro natural deseo de felicidad. En vez de calmar este deseo con la esperanza de un premio futuro de felicidad impensable, como ocurría en una sociedad tradicional, nos apremia a conseguir la felicidad aquí y ahora, ya, rápido. Por supuesto que esta felicidad que debemos alcanzar la conseguimos a través del consumo de todo lo que nos apetezca.

Podemos rastrear el trasfondo económico y la estructura social que aparece detrás de los dos modelos, el tradicional y el capitalista. En la sociedad tradicional el problema era la escasez. Podemos decir que, en general, se producía poco de todo, y eso de una manera bastante costosa. Para que las clases dirigentes pudieran tener una relativa abundancia de todo sin dar golpe (con la excepción de los golpes de espada que daban de vez en cuando para dejar claro quién mandaba) era

necesario que las clases populares aceptaran lo más sumisamente posible una situación habitual de escasez y duro trabajo. Así es que lo mejor era animarles a que dejaran la felicidad para la otra vida. Paciencia y resignación, que todo llegará.

Actualmente el problema que tenemos es de superproducción. Los propietarios de los medios de producción necesitan imperiosamente que el afán de consumo se renueve incesante y aceleradamente para dar salida a sus productos y aumentar sus beneficios. Lo mejor para eso, establecer una férrea relación proporcional entre consumo y felicidad. Cuando eso se ha introducido en la mentalidad dominante ya es muy fácil estimular a la gente a que sea lo más feliz posible... y de paso consuma más.

Naturalmente que esta fórmula para alcanzar la felicidad no resiste un serio análisis intelectual, pero, apoyada en una publicidad abrumadora, ha penetrado hasta lo más profundo del cerebro humano, sea el de un neoyorquino o el de un senegalés. Y es cierto que los seres humanos necesitamos consumir. Tenemos unas necesidades biológicas, nuestras necesidades primarias que requieren el consumo de ciertos bienes. Pero el consumismo desenfrenado no responde a auténticas y profundas necesidades humanas. Precisamente uno de los grandes fallos de nuestra cultura actual es la pretensión de tapar con el consumo los hondos anhelos inmateriales de los seres humanos.

Que no nacemos consumistas, sino que somos educados y preparados para el consumo, lo expresa tajantemente John Kenneth Galbraith: «No hay actividad religiosa, política o laboral en la que se nos prepare de forma tan completa, sabia y costosa como para consumir».

Educación para el consumo

De esta tarea de educación y preparación se encarga fundamentalmente la publicidad. Joan Torres i Prat comienza su libro *Consumo, luego existo. Poder, mercado y publicidad*, afirmando: «Aquí, en el denominado Primer Mundo, el aire que respiramos está compuesto por oxígeno, nitrógeno y... publicidad». Efectivamente, creo que no somos conscientes de hasta qué grado la publicidad invade nuestras vidas. La práctica totalidad de los *medios de comunicación* (prensa, radio y televisión) están más o menos financiados por el complejo comercial-publicitario. Y si los financian totalmente, como es el caso de las televisiones privadas, es para que *todo el contenido* del medio de comunicación nos empuje hacia ese mundo del consumo que es el alimento de la economía capitalista. Para que nos eduque como consumidores.

En España el poder económico, a través de los grupos políticos afines, y con el apoyo de la Conferencia Episcopal española, se lanzó ferozmente contra el proyecto de Educación para la ciudadanía. Podía ser un peligro para su proyecto de educación para una ciudadanía burguesa, individualista, superficial, hedonista y sin valores éticos, socialmente apática y conformista, algo que es fundamental para que se mantenga el sistema capitalista. En cambio, darle un baño superficial de educación religiosa no les importa, siempre que no afecte a los aspectos que el poder económico considera fundamentales.

Esta educación burguesa se imparte de una manera especial en la televisión, esa llamada *caja tonta* ante la cual los españoles nos pasamos por término medio tres horas y media al día, pero que no tiene nada de tonta. Los que la financian tienen a su servicio a los mejores

expertos en manipulación de las mentes para ir formando poco a poco el *ciudadano consumidor*, imbuido plenamente de los valores y la cultura capitalistas. En primer lugar nos conforma como *ciudadanos espectadores*. Nuestra actividad se debe limitar exclusivamente al campo laboral, a prestar el trabajo que necesite de nosotros la maquinaria de producción capitalista. Luego, a sentarnos ante los expertos maestros y maestras que imparten de una manera incesante sus amenas lecciones de formación del espíritu neoliberal. Incluso el ocio debe ser un ocio consumista. Naturalmente un ocio propio de ciudadanos espectadores, absortos ante los medios de adoctrinamiento del sistema.

Los pedagogos hablan de *educar jugando* a los niños. El complejo comercial publicitario, a través del cual nos educan los líderes del sistema capitalista, sigue una estrategia muy similar a la de las escuelas infantiles. Aquí se trata de *educar entreteniendo*. La condición básica para conseguir ese objetivo es la de mantenernos en la infancia mental, pues el ciudadano intelectualmente maduro, que observa la realidad de una forma crítica y elabora su propio juicio, ése es una amenaza muy grave para el sistema, hay que evitarlo como sea.

Como afirma Torres i Prat en el libro citado anteriormente:

Cuando de una manera abierta y explícita intentan convencernos de la bondad de unos valores, de una ideología, inmediatamente levantamos nuestras defensas conscientes y racionales y ante cada argumento siempre es posible buscar y encontrar un contraargumento. El adoctrinamiento discursivo hoy, más que nunca, 'lo tiene crudo'. Pero cuando sólo intentan *entretenernos* (con humor, seducción, emoción y excitación, etc.) y, *de paso*, vendernos

productos; nuestra percepción consciente y actividad lógico-racional está relajada y las funciones reflexivas, analíticas y críticas están bajo mínimos, sin resistencia. Mientras estamos distraídos con el espectáculo y, como máximo, ponderando el ‘compro o no compro’, los valores implícitos en el *espectáculo publicitario* son introducidos y procesados en fracciones de segundo.

Todo el contenido de los espacios televisivos tiene el objetivo de mantenernos atados a la pantalla hasta que lleguen los anuncios. El negocio de las cadenas de televisión es precisamente *vender espectadores* a las empresas publicitarias. Ahora bien, para cada empresa la finalidad es dar a conocer y ensalzar sus productos, pero para el sistema capitalista lo importante es crear una mentalidad y un estilo de vida. Para las empresas sus productos compiten con los de las empresas rivales y sus efectos se compensan, pero para el sistema un anuncio refuerza a otro.

Torres i Prat continúa:

El complejo comercial-publicitario tiene una eficacia muchísimo mayor como catalizador y catequizador en la esfera de los valores, modelos de conducta, cultura e ideología, que como promotor de ventas de un determinado producto o marca concreta. La razón es que en el ámbito de la promoción de un producto concreto, los mensajes tienden a neutralizarse unos a otros, los productos compiten entre sí para capturar nuestra atención. Pero como todos los anunciantes utilizan la misma lógica, sus efectos en nuestra psique no sólo no se contrarrestan sino que se potencian. Por ejemplo, en el momento de ponderar la posibilidad de comprar o no un determinado coche no hay que valorar tan sólo el efecto final de una determinada campaña, sino que, en primer lugar, hay que evaluar qué se imprime

en nuestra psique a través de todas las publicidades de todos los coches. Pero esto no es todo: hay que evaluar, también, qué se imprime en nuestra psique a través de todas las publicidades de todos los productos independientemente de nuestros actos concretos de consumo.

La publicidad, pues, no sólo es una herramienta comunicativa al servicio del estímulo de las actitudes de compra y del fomento de hábitos de consumo. Es, además, y sobre todo, una efficacísima herramienta de transmisión ideológica. En efecto, casi nadie niega ya que los anuncios tienen una influencia determinante en la transmisión cultural de valores y de actitudes, en la educación ética y estética de la ciudadanía, en la globalización de los estilos de vida y de las formas de percibir el mundo en nuestras sociedades. En los anuncios no sólo se venden objetos sino que también se construye la identidad sociocultural de los sujetos y se estimulan maneras concretas de entender y de hacer el mundo, se fomentan o silencian ideologías, se persuade a las personas de la utilidad de ciertos hábitos y de ciertas conductas y se crea un oasis de ensueño, de euforia y de perfección en el que se proclama el intenso placer que produce la adquisición y el disfrute de los objetos y la ostentación de las marcas.

Naturalmente los *educadores* tienen que cuidar que el resto de la programación televisiva no vaya a entrar en contradicción con estos mensajes. Para eso, mejor que debates sobre temas serios, se prodigan los programas de cotilleo, las riñas entre famosillos y famosillas, concursos y series en las que impera la buena vida burguesa. En los informativos, cuando no hay más remedio que reflejar la catastrófica situación que se vive en muchas partes del mundo, se presenta esa situación como

resultado de causas naturales, terremotos, huracanes o sequías, o bien como consecuencia de gobiernos corruptos y el atraso de unos países, *de lo que nosotros no tenemos ninguna culpa*. Precisamente para alejar de la mente ese mundo angustioso, que es imposible ocultar, el semiólogo Louis Quesnel señala que la publicidad evoca un mundo ideal, purificado de cualquier tragedia, sin países subdesarrollados, sin bombas nucleares, sin explosión demográfica ni guerras. Un mundo inocente, lleno de luces y sonrisas, optimista y paradisíaco.

Propuesta exitosa

La cultura, los criterios y valores que se presentaban envueltos en una abundancia tan atrayente fueron admitidos sin la más mínima sospecha de fraude. El modelo capitalista de bienestar se instaló firmemente en el corazón y la mente de nuestro mundo.

Como punto de partida para cualquier intento de conseguir un cambio social es preciso reconocer el gran éxito que ha tenido esta *educación para el consumo*. El modelo de bienestar que presenta el capitalismo ha penetrado hasta niveles muy profundos de la psicología humana —de la psicología de los banqueros y de los barrenderos, de los votantes del PP y de muchos miembros de la izquierda radical—. Hasta esos niveles donde radica la aspiración a la felicidad, a la plenitud humana. Donde se asienta el anhelo de libertad, de autoestima, de construcción de la propia existencia.

Este éxito se debe en gran parte a esa hábil campaña de educación en los valores capitalistas, de la que he hablado antes. Pero las circunstancias también han sido muy propicias para que esos valores fueran asimilados con gran facilidad.

Durante todo el siglo XIX y la primera parte del siglo XX el capitalismo había presentado su rostro más cruel. En los siglos anteriores la vida de las clases populares, fundamentalmente campesinas, había sido dura y difícil, con pocos lujos y comodidades, pero esto empeoró todavía más al llegar la revolución industrial, cuando multitud de campesinos y artesanos fueron reducidos a una masa proletaria explotada sin compasión. Sólo tenemos que leer las descripciones que la literatura nos ha dejado sobre la vida en los barrios obreros de la Inglaterra del XIX. En esas condiciones es lógico que, en oposición al capitalismo, creciera un movimiento obrero que aspiraba a un cambio radical en el sistema económico. Se extendía el sueño de una revolución que cambiaría radicalmente las condiciones de vida de los trabajadores.

En 1917 triunfa la revolución rusa, y el capitalismo se hace consciente de que enfrente tiene unos enemigos temibles a los que tiene que controlar. Por un lado la recién nacida Unión Soviética, y por otro los partidos socialistas y comunistas de los propios países capitalistas, que luchan enérgicamente por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores y además mantienen latente el riesgo de nuevas revoluciones.

Al mismo tiempo la capacidad productiva de la industria capitalista está experimentando un crecimiento exponencial. Necesita imperiosamente dar salida a los grandes stocks de toda clase de mercancías, que salen de las cadenas de montaje de unas factorías cada vez más mecanizadas, y que empiezan acumularse en sus almacenes. En muchos terrenos la capacidad de compra de los reducidos grupos privilegiados está saturada. En una encrucijada clave de la historia *por un momento se encuentran en la misma dirección las aspiraciones de la gente y los intereses del capitalismo*. Las aspira-

ciones de la gente eran naturales y lógicas. Se venía de largos años de privaciones y penurias. Era lógico que desearan una vida más desahogada, con sus necesidades básicas cubiertas de una manera satisfactoria. Alcanzar una cierta abundancia de bienes era el sueño de siglos. El capitalismo necesitaba ampliar sus mercados, para eso le venía bien convertir en consumidores a los trabajadores hasta entonces excluidos del banquete. Comienza a gestarse en la sociedad el *consumo de masas*.

De todas maneras el zambullirse hasta la coronilla en un consumismo obsesivo no fue algo espontáneo. Las clases populares no eran naturalmente consumistas. En su clásica obra sobre el espíritu del capitalismo, Max Weber habla de los trabajadores ingleses que estaban acostumbrados a ganar tres libras y media a la semana. Con eso podían mantener a su familia y darse algunos pequeños gustos, como un vaso de cerveza con los amigos. No aspiraban a más. Si el jueves habían conseguido las tres libras y media ya no seguían trabajando.

Jeremy Rifkin, en su obra *El fin del trabajo*, afirma:

El fenómeno del consumo de masas no se produjo de forma espontánea, ni tampoco fue la consecuencia inevitable de una insaciable naturaleza humana. Más bien al contrario. Los economistas de fin de siglo observaron que los trabajadores se conformaban con ganar lo justo para vivir y para permitirse algunos pequeños lujos básicos, y que preferían tener más tiempo de ocio en lugar de ingresos adicionales como consecuencia de una mayor cantidad de horas de trabajo... el hecho de que los trabajadores prefiriesen cambiar horas adicionales de trabajo por horas adicionales de ocio se convirtió en una gran preocupación para los hombres de negocios...

La locomotora capitalista necesita un combustible inagotable. Limitándose a cubrir esas necesidades básicas y naturales pronto sus fábricas se habrían quedado a medio gas. Por eso era preciso poner en marcha con urgencia una *fábrica de necesidades*. Crear una espiral de deseos insaciables. Poner la ineludible aspiración a la felicidad en el kilómetro siguiente, siempre en el siguiente, en un camino interminable que se va recorriendo de compra en compra.

La nube brillante creada por el complejo comercial-publicitario obscureció cualquier otra luz. En el fondo del armario quedaron las disquisiciones filosóficas y psicológicas sobre la felicidad. La ropa de última moda que empezaba a llenarlo tapaba cualquier duda que pudiera cuestionar un modelo de bienestar tan cercano, tan brillante y tan seductoramente presentado. Además las voces de los filósofos nunca han sonado demasiado fuertes entre las grandes masas. Teniendo además en cuenta que tampoco los intelectuales, filósofos y psicólogos están inmunizados contra la tentación de la riqueza como camino al bienestar y la felicidad. Incluso puede que intelectualmente reconozcan la realidad de la condición humana, pero cínicamente le hagan un quiebro. El dramaturgo Jacinto Benavente escribió: «El dinero no podrá hacer que seamos felices, pero es lo único que nos compensa de no serlo».

Por otra parte, la mentalidad consumista tampoco tuvo que vencer una oposición clara por parte de los adversarios políticos del capitalismo. Las palabras de Erich Fromm que encabezan este capítulo, «El socialismo y el comunismo rápidamente cambiaron, de ser movimientos cuya meta era una nueva sociedad y un nuevo Hombre, en movimientos cuyo ideal era ofrecer a todos una vida burguesa, una *burguesía universalizada*», resumen perfectamente la situación. Hasta las

fuerzas que combatían más encarnizadamente el sistema capitalista asumieron sus ideales últimos, compartieron las metas que el capitalismo proponía a los seres humanos como objetivo último en la vida: «Se suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traduciría en una felicidad sin límites para todos».

La socialdemocracia europea se apresuró a aceptar la invitación al convite que le ofrecía el capitalismo. Al fin y al cabo, por lo que siempre había luchado el socialismo era por una mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, y ahora el capitalismo parecía ofrecerlas con una extraña generosidad. Como afirma Robert Bocoock en su libro *El consumo*,

son justamente las esperanzas de la gente corriente de tener capacidad para consumir bienes y una creciente variedad de experiencias organizadas para el consumidor, desde viajes hasta deportes, lo que ha ayudado a legitimar el capitalismo a partir de los años cincuenta.

Se olvidaron los viejos sueños revolucionarios y aceptaron la mano que les tendía el capitalismo para que se integraran en su sociedad. Se puede discutir si la vieja pretensión de conseguir de golpe, por vía revolucionaria, una sociedad y un hombre *nuevos* no es una aspiración excesivamente prometeica. En mi opinión lo es. Los seres humanos y las sociedades que hemos creado tienen unas características tan arraigadas que resulta quimérico pretender que cambien profundamente como efecto de una simple revolución política y económica. Me parece más realista que en las circunstancias actuales aspiremos a unos seres humanos y una sociedad simplemente *reciclados*. Pero a un cambio a nivel humano y social no podemos renunciar. Acabar inte-

grándose en una forma de vida con las lacras profundas de la ideología capitalista, aunque en un momento este sistema ponga su rostro más amable y nos invite a participar en su fiesta, a la larga no puede acabar bien. Y ya lo estamos viendo.

Además el pacto social con el capitalismo supuso el abandono del pacto que estaba implícito en el viejo clamor del movimiento obrero: ¡Proletarios del mundo, uníos! El pacto aceptado sólo beneficiaba a una pequeña parte de la clase obrera del mundo. Los demás quedaban abandonados a su suerte. Todo lo más recibían un vago compromiso de apoyar el desarrollo de sus países. Mientras tanto, en contraste con esta fractura, el capital emprendía una decidida marcha hacia la globalización financiera de la humanidad. Este abandono de los ideales universalistas del socialismo es lo que ha permitido que un empresario catalán pueda decir: «Ustedes tienen que elegir: o trabajan como chinos, o nos llevamos nuestra empresa a China».

La socialdemocracia planteó, como precio de su integración, el Estado del bienestar, el Estado-providencia que velaría por el bienestar de todos. No se percataron de que su Estado del bienestar y el modelo de bienestar capitalista, basado en la sociedad de consumo, se apoyan en principios y valores radicalmente distintos.

El Estado del bienestar supone una sociedad solidaria, con un gran sentido social, donde la idea de bien común prima sobre las ambiciones individuales. El valor supremo es **ser** persona humana. El bienestar se basa en que todos tengamos asegurados nuestros derechos humanos fundamentales. Las relaciones sociales están guiadas por el espíritu de cooperación.

Por el contrario, en el fondo del modelo capitalista de bienestar domina la idea de **tener**. El individualismo posesivo es una característica fundamental del hombre

burgués, capitalista. Para tener ‘de todo’ tengo que luchar contra los demás, que también quieren lo mismo. La idea de bien común desaparece ante el egoísmo individual. La insolidaridad, la competencia es el clima que reina en una sociedad construida con esas premisas.

No se puede construir nada sobre dos pilares tan distintos. El edificio se resquebraja. En estos momentos, a principios de 2012, los crujidos del viejo Estado del bienestar son más que alarmantes. Y también es alarmante la parálisis mental de la vieja socialdemocracia. Parece que sólo se les ocurre tapar las grietas en los muros de hormigón con papel celo.

Pero en este terreno de los estilos de vida y los modelos de bienestar, la guinda en el pastel la puso, durante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, su secretario general Nikita Jruschov. Proclamó como objetivo para la economía soviética, objetivo que él consideraba perfectamente alcanzable, igualar y superar el nivel de consumo de los Estados Unidos de América. No parece que dijera nada de superarles en libertad y en cohesión social.

Cuando un Estado que se pretende socialista se fija esos objetivos, la suerte está echada. Si lo que queremos es una sociedad de consumo, ya tenemos el modelo capitalista, que además se presenta de forma mucho más atractiva y es más coherente. El fracaso no puede tardar en llegar. Y, efectivamente, pocos años después llegó, de la manera más rotunda. Así que poca oposición ha tenido que vencer en el campo político el ideal de buena vida que el capitalismo presenta a nuestra sociedad.

¿Y en el campo religioso? ¿Qué ha dicho la jerarquía eclesiástica que durante siglos ha sido prácticamente la única guía moral y espiritual de la sociedad española? En su documento fundacional, el Evangelio de Jesús de Nazaret, al que la jerarquía se refiere constantemen-

te como su norma suprema, las expresiones no pueden ser más contundentes: «no podéis servir a Dios y a la riqueza... más fácilmente entrará un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos... ¡ay de vosotros los ricos!... bienaventurados los que eligen ser pobres». La invitación al desprendimiento y la generosidad es radical: «al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda... haced el bien y prestad sin esperar nada... no acumuléis tesoros en la tierra...».

A lo largo de la historia muchos cristianos y cristianas han tratado y tratan de vivir de acuerdo con estos principios evangélicos. Pero la práctica de la jerarquía normalmente ha estado muy alejada de ellos. El momento clave de inflexión se produce en el siglo IV. El año 380 el emperador Teodosio proclama el Edicto de Tesalónica, por el cual se declara al cristianismo religión oficial del Imperio. Los libros de historia interpretan este hecho como la conversión del Imperio Romano al cristianismo. Pero todo nos lleva a pensar que esa conversión se quedó en aspectos muy superficiales, y en el fondo ocurrió lo contrario: la jerarquía eclesiástica se convirtió al Imperio, y a partir de entonces pasó a ser uno de los elementos clave en el entramado del poder de las distintas estructuras sociales que se han ido sucediendo a lo largo de los siglos. En las antiguas monarquías la ‘alianza del trono y el altar’ era una regla con muy pocas excepciones. La alianza les llevaba a compartir poder y riqueza. Todo esto crea en torno a la Iglesia una cierta impresión de esquizofrenia. Por un lado podemos decir que en el mundo cristiano tradicional se da una condena de la usura y un rechazo de la codicia y el afán de dinero. Pero al mismo tiempo se ve a las altas jerarquías eclesiásticas formando parte de los grupos sociales que acumulan poder y riqueza.

Cuando llegan los vientos de la modernidad y la revolución francesa acaba con el *Ancien Régime*, la jerarquía eclesiástica queda, por un momento, descolocada. Pero pronto reanuda su amigable convivencia con las clases dirigentes, ahora con la emergente burguesía. Sigue combatiendo acérrimamente las corrientes modernizadoras en lo cultural y religioso, pero hasta muy al final del siglo XIX no dice ni una palabra del terrible capitalismo que condenaba a una vida inhumana a las masas proletarias de los países más ricos. Algún teólogo ha señalado que el papa Pío IX, a mediados del siglo XIX, condenó todas las libertades: de pensamiento, de prensa, religiosa... menos el liberalismo económico «que era el que tenía que haber condenado».

El concilio Vaticano II y la teología de la liberación han sido intentos de revivir en la Iglesia un espíritu más auténticamente evangélico. Sobre ellos se ha lanzado la curia vaticana para neutralizarla. Estos antecedentes explican la postura de la jerarquía eclesiástica en el tema que nos ocupa. Le podemos aplicar las palabras del teólogo J. B. Metz, que habla de «la insidiosa adaptación pasiva a la mentalidad del bienestar de la última etapa burguesa... que actúa sobre todos nosotros como una especie de envenenamiento colectivo». Tampoco, pues, por parte de los autoproclamados pastores espirituales y maestros de moral se ha producido una oposición seria al modelo burgués de bienestar.

Claro que en los abundantísimos discursos y documentos emitidos por la jerarquía eclesiástica se puede encontrar de todo. Incluso repetidos ataques a los *excesos* del capitalismo. Pero luego se abrazan afectuosamente con Pinochet, Bush o Aznar. No sé qué habrá que hacer para entrar dentro de los *excesos*.

También aparece alguna crítica al consumismo, y un tema que sí es muy frecuente es el ataque al hedonismo imperante en nuestro mundo. Pero se trata de un hedonismo etéreo, desencarnado, que tiene muy poco que ver con las condiciones materiales de la existencia. Se habla de hedonismo, que mucha gente ni siquiera sabe bien lo que significa, pero se habla muy poco de consumismo, que está muy claro lo que es.

Estas críticas al capitalismo, cuando se llegan a dar, parecen quedarse en la estratosfera. No tocan la dura tierra que pisamos los humanos. Y es que no puede ser de otra manera. Cuando se recurre a los presidentes de las 25 empresas más importantes del país para preparar la visita del papa a España, y el presidente de la conferencia episcopal española se reúne y se fotografía con todos estos señores en un fraternal encuentro ¿cómo después va a atacar seriamente la forma de vida capitalista? Cuando estos señores ganan todos varios millones de euros al año, ¿se va a condenar el afán de riqueza? ¿Se va a señalar quién está fomentado el hedonismo y empujando a un consumo desahogado? Cuando muchos colegios religiosos son colegios de élite, ¿se va a rechazar el estilo de vida de las élites?

Ante esta alianza de poder económico y religioso poco pueden los movimientos cristianos que señalan la diametral oposición entre vida cristiana y el afán burgués por el éxito, la riqueza y el consumo. Son susurros ante los potentes altavoces de la jerarquía, para la cual los únicos pecados parecen ser el aborto, el divorcio y la homosexualidad.

No resulta, pues, extraño que la propuesta capitalista, el modelo burgués de bienestar se haya impuesto contundentemente en nuestra sociedad y sean relativamente pocas las voces que lo cuestionan.

Un modelo tramposo

¿Nos lleva el modelo burgués de bienestar hacia una vida feliz? Desde un punto de vista filosófico, Aranguren nos da una respuesta contundente: *La capacidad apetitiva del hombre es infinita, sólo con el infinito puede colmarse*. Y evidentemente el infinito no está en venta. Esta postura de Aranguren es compartida por una multitud de pensadores que han reflexionado sobre la felicidad humana. Y cualquier persona con la suficiente madurez y sensibilidad humana, aunque no sea intelectual ni filósofo, se llega a dar cuenta de la quimera que es pretender llenar toda la profundidad de las aspiraciones humanas con una serie de objetos materiales, por muy larga y lujosa que sea la serie.

Pero sin llegar a ese nivel de profundidad en la reflexión, hay otra razón muy clara. Y es que al capitalismo no le interesa en absoluto nuestra felicidad. La razón no puede ser más comprensible para todo el que tenga ojos en la cara y la televisión no le haya sorbido demasiado el seso. La gente que se siente satisfecha, feliz, consume poco. Está a gusto como está, con lo que tiene. No necesita más. Compra sólo lo verdaderamente necesario para mantenerse en ese estado. Y evidentemente eso es una ruina para la economía capitalista.

Por lo tanto el objetivo de lograr un mundo feliz no puede figurar entre los propósitos del capitalismo. Son capaces de jurar y perjurar que el desodorante que nos ofrecen nos va a hacer enormemente felices, pero nuestra felicidad les importa un rábano. Lo que quieren es nuestro dinero y nada más. Y si para conseguirlo viene bien fomentar nuestra infelicidad, la fomentan. Venden bienestar, pero lo que necesitan imperiosamente es provocar la insatisfacción de la gente. En palabras de B. Earl Puckett, un directivo de empresa america-

na: «Nuestro trabajo es hacer infelices a las mujeres con lo que tienen». Y a los hombres también, claro. Lo prudente sería que esto se lo callaran, pero son tan potentes, están tan convencidos de que pueden hacer con nosotros lo que les dé la gana, que de vez en cuando no tienen inconveniente en poner de manifiesto sus verdaderos objetivos y su capacidad de manipulación. Charles Kettering, de General Motors, lo expresa con toda nitidez: «La clave para la prosperidad económica consiste en la creación organizada de un sentimiento de insatisfacción».

G. Friedman ha recogido unas cuantas perlas de las ideas expresadas por una figura emblemática del capitalismo industrial, Henry Ford: «Es necesario adelantarse a las necesidades del público y no permanecer sentados, contentándose con satisfacer lo que se llama *una demanda*». «La demanda o necesidad depende de la producción, no es la producción la que viene a llenar una demanda, de modo que la producción crea demanda, es decir, promueve las *necesidades*». «La educación del público, a cargo de la publicidad, desarrolla la demanda». «Una vez saturado un campo de necesidades, es menester preparar otros».

J. K. Galbraith lo resumió observando que la nueva misión de las empresas era «crea las necesidades, y esfuérate por satisfacerlas».

Lo mismo que se planifica la obsolescencia de los objetos para que duren poco y haya que sustituirlos, se planifica la insatisfacción de las personas con lo que tienen, para que estén continuamente deseando comprar lo que la omnipresente publicidad presenta como las nuevas maravillas. Se acosa incluso a los que creen que *tienen de todo* para convencerlos de que no es verdad, que todavía les falta algo. La economía capitalista no puede soportar una humanidad satisfecha. Esa es la

cara oculta de la sociedad de consumo. En cambio lo que nos meten por los ojos y los oídos unos avasalladores medios de comunicación son las delicias de poder entregarse a un consumo sin límite.

Todos los mundos de ensueño que nos presenta la publicidad son engaño puro y duro. El ir saltando de deseo en deseo, de capricho en capricho, produce momentos de alegría, de euforia, una euforia bastante similar a la que produce la droga. Pero pronto viene el bajón y la necesidad de una nueva dosis. La diferencia es que el consumismo es una droga socialmente aceptada, incluso da prestigio, y es verdad que físicamente no es tan destructiva como otras, la cocaína o similares, pero no nos acerca a la felicidad más que ellas.

Por otro lado, a nivel social sus consecuencias negativas son dramáticas. Los datos sobre el hambre y la miseria en el mundo no se pueden ocultar. Lo que se intenta ocultar cuidadosamente es la relación entre nuestro modelo de bienestar y su miseria. La sociedad de consumo de los países y las clases sociales ricas es inseparable de la miseria de los países pobres. Si el 20% más rico de la humanidad acapara el 80% de los recursos y la riqueza del planeta, para el 80% de los seres humanos que comparten con nosotros el planeta sólo queda un escuálido 20%.

El economista José Manuel Naredo habla de países depredadores y países presas. Mantener nuestro nivel de consumo nos obliga a convertirnos en países depredadores. A imponer a los países pobres relaciones comerciales ruinosas para ellos. Se crean unos desequilibrios a nivel mundial y, cada vez más, a nivel interno de cada país, que son ética y humanamente intolerables.

El problema que tenemos ahora en España es que hay depredadores mucho más fuertes que nosotros, y esos depredadores necesitan nuevas presas. Experi-

mentan muchas dificultades con las que han sido sus presas tradicionales, los países del Tercer Mundo. Algunos países de América Latina se resisten energicamente a seguir siendo explotados; también la India se remueve, y la mayoría de los países africanos están tan exhaustos que apenas se pueden sacar cuatro perras de sus economías moribundas. Incluso para explotar sus recursos naturales han surgido duros competidores como China, que ha pasado de apetitosa presa a gran depredador. Los depredadores de Europa central necesitan nuevas presas, y los países del sur de Europa constituimos un objetivo muy apetecible, presas cercanas y alimenticias. Además nos tienen cogidos por el cuello con el lazo de la llamada 'Unión' Europea.

Pero ni siquiera los más grandes depredadores disfrutan de una situación paradisíaca. A largo plazo los efectos de la trampa son incuestionables, incluso entre los grupos favorecidos. Richard Wilkinson, economista, y Kate Pickett, antropóloga, en su libro *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, describen así estos efectos:

Es una paradoja notable que, en la cima de los logros materiales y tecnológicos, a muchos de nosotros nos devore la ansiedad, seamos tan proclives a la depresión, nos preocupe tanto cómo nos ven los demás, estemos permanentemente inseguros de nuestras amistades, sintamos un irrefrenable impulso consumista y tengamos una vida comunitaria escasa o nula.

Como no gozamos de unas relaciones sociales relajadas y carecemos de la satisfacción emocional que todos necesitamos, buscamos consuelo en la comida, en las compras compulsivas, en el gasto desmesurado, o caemos víctimas de los excesos ante el alcohol, los medicamentos psicoactivos o las drogas.

¿Cómo hemos llegado a padecer tanto sufrimiento mental y tanta alteración emocional cuando gozamos de niveles de riqueza y confort sin precedentes en la historia de la humanidad?

Paco Valero, en *Integral*, escribe: «¿Qué hay en nuestra sociedad que favorece la extensión de las enfermedades mentales? Hay respuestas para todos los gustos, aunque inciden en lo mismo: el malestar que genera nuestra forma de vivir».

Creo que nos hemos equivocado de camino en la búsqueda de la felicidad. Mejor dicho: nos han equivocado, y nos dejamos equivocar.

Modelo insostenible

Entre las voces críticas con el ideal de buena vida burguesa, una gran parte provienen del campo ecologista. El bienestar basado en un consumo creciente exige un desarrollo económico indefinido. Y esto se realiza en un planeta de límites muy definidos. Lo absurdo de esta pretensión se veía desde el principio de la industrialización capitalista. John Stuart Mill, uno de los más famosos economistas clásicos, advirtió claramente que el crecimiento de la riqueza no puede carecer de límites. Era necesario llegar a un *estado estacionario*. Por supuesto que *estado estacionario* no equivalía a sociedad anquilosada, ni a freno en el avance de la humanidad. Tampoco suponía que los grupos más pobres de la humanidad debían resignarse a su situación. En este sentido J. S. Mill subraya que sólo en los países más atrasados del mundo sigue siendo un objetivo importante el aumento de la producción, «en tanto que

en los más avanzados lo económicamente necesario es una mejor distribución».

Pero era demasiado fuerte la confianza de la humanidad (más bien de la parte de la humanidad que lideraba el avance en el campo de la ciencia y la tecnología) en las nuevas ideas del progreso y de la ciencia. Poco pudieron los argumentos a favor de un estado estacionario frente al ímpetu desarrollista del capitalismo y las esperanzas e ilusiones que este desarrollo despertaba en la población. Frente a las voces que cuestionaban el crecimiento ilimitado, el sistema económico creció de hecho, y ofreció a los ciudadanos de los países más desarrollados la satisfacción producida por un consumo creciente. No se quiso ni plantear la posibilidad de que un día fuera necesario frenar el crecimiento. La inercia desarrollista era ya demasiado grande en la sociedad.

De todas maneras el problema se iba haciendo cada vez más patente, y poco a poco va tomando cuerpo la idea de que es necesario controlar el desarrollo. El debate salta a la opinión pública en 1972 con la publicación de un Informe al Club de Roma elaborado en el MIT (Massachusetts Institute of Technology) por un grupo de científicos dirigido por el profesor Dennis L. Meadows. Este informe facilitó una amplia toma de conciencia sobre las consecuencias que podía acarrear un crecimiento económico incontrolado y popularizó el concepto de *crecimiento cero*.

¿Por qué seguimos?

Hace ya bastantes años que estos argumentos en contra del crecimiento sin límites se están esgrimiendo en muchos ámbitos, incluso han llegado ampliamente a la opinión pública. El problema del cambio climático

es un tema recurrente en los medios de comunicación. Sin embargo el efecto producido ha sido mínimo. Se habla mucho, es verdad, de *desarrollo sostenible*, pero no pasa de ser una expresión con muy poco contenido real. El consumo de recursos y la acumulación de residuos no cesan de crecer. ¿Cuáles son las razones que siguen empujando un desarrollo sin límites, a pesar de todos los argumentos en contra?

Más que de razones tendríamos que hablar de emociones, pues no se trata de unos planteamientos científicos, sino de opciones vitales donde lo emocional ocupa el primer plano. Vivimos en una sociedad de consumo. Ponemos nuestra felicidad en el consumo (de objetos, servicios, viajes, diversiones...). Un gran centro comercial, al que pudiéramos acudir con una inagotable tarjeta de crédito, sería el paraíso. Pero un consumo siempre creciente no se puede mantener sin un crecimiento económico indefinido.

La idea de crecimiento económico se ha desarrollado en los dos últimos siglos en la cultura occidental, y ha arraigado con tal fuerza en la psicología colectiva que difícilmente se asumiría como suficientemente satisfactorio un estado estacionario en lo económico. Como consecuencia de esto, las razones científicas, el cálculo de probabilidades de que el desarrollo indefinido lleve a un resultado u otro, están profundamente influidas por una actitud emocional de apuesta decidida por una de las opciones.

Hace ya unos treinta años, hablando con un ingeniero de mi empresa, uno de los que simpatizaban con Comisiones Obreras y se podía hablar con ellos, la conversación recayó sobre el tema del crecimiento insostenible. «No, si yo de eso estoy convencido —me dijo—, y mis amigos, la gente entre la que me muevo, está convencida también. Este crecimiento continuo es

insostenible, ya lo sabemos. Pero ninguno estamos dispuestos a dar el paso y bajarnos de la burra. El sistema, la forma de vida en que estamos metidos, nos tiene demasiado cogidos para cambiar».

Tenía las cosas muy claras y fue sincero. Normalmente procuramos no llegar a esa claridad. Nos pondría en un dilema demasiado fuerte. Es mejor creerse lo que dice el sistema: *que lo que se promueve es un desarrollo 'sostenible'; que hay problemas pero ya se encontrarán las soluciones; que los avances científicos y tecnológicos permitirán hacer frente a las dificultades que se presenten, que no hay que caer en el catastrofismo, etc. etc.* En cualquier otro campo de la actividad humana un elemental principio de precaución nos haría detenernos y sopesar seriamente si podemos seguir adelante. Aquí parece que una ráfaga de locura se ha apoderado de los señores del dinero y de los líderes políticos que nos empujan insensatamente a correr en un caballo desbocado.

¿Pensamiento único o demencia global?

Si lográramos salirnos del *pensamiento único* y analizar serenamente el capitalismo, nos daríamos cuenta de que una ráfaga de locura parece impregnar todo el sistema. Veríamos que se trata de un sistema *primitivo, irracional y bárbaro*. No es el momento de desarrollar este tema, pero sí quiero decir unas palabras sobre lo de *bárbaro*.

En varios sentidos podemos decir que el capitalismo es un sistema *bárbaro*. Según mi diccionario, por *bárbaro* se entiende, en primer lugar, algo *inculto, grosero, tosco*. ¿Nos atreveremos a calificar así un sistema tan brillante, con maravillosos adelantos técnicos? Cierta-

mente no se puede dudar de la racionalidad científica del capitalismo, de su racionalidad instrumental, pero la sabiduría humana que atiende a los fines últimos de nuestras acciones está totalmente ausente del capitalismo. Y otro dato quería tener en cuenta: cuanto más bajo es el nivel cultural de las personas, más eficaces son los mensajes publicitarios y el adoctrinamiento ideológico. Es, pues, un objetivo prioritario del sistema reducir el nivel cultural, la capacidad de pensar por su cuenta de la población sometida.

Otro sentido de bárbaro: *cruel, fiero, inhumano*, también está presente en el sistema capitalista. Para confirmarlo sólo hace falta recordar los millones de seres humanos que mueren de hambre cuando en el mundo sobra comida para todos, y las crueles guerras que se alimentan en el Tercer Mundo para apoderarse de sus materias primas.

Pero también encontramos otro sentido del término *bárbaro*. En un sentido figurado, bárbaro significa también: *formidable, fenomenal, estupendo*. Y también en este sentido se puede aplicar al sistema capitalista. El mismo Marx lo expresó en el *Manifiesto comunista*:

La burguesía, con su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de la máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico...

Y eso era en 1848. Desde entonces este formidable desarrollo científico y técnico no ha hecho más que acelerarse y provocar un *bárbaro* crecimiento material en buena parte de la humanidad.

Este aspecto atractivo de la ‘barbarie’ capitalista ha llegado a cientos de millones de seres humanos, la mayor parte de las poblaciones del mundo rico, las élites del mundo empobrecido, y sectores cada vez mayores de grandes países en desarrollo, como Brasil, China y la India. Por el contrario, grandes masas de África, Asia y Latinoamérica sólo experimentan la barbarie destructora del capitalismo que las hunde cada vez más en la miseria.

En estos parajes de la miseria las secuelas destructoras del capitalismo las experimentan en sus carnes de la manera más brutal. Pero, eso sí, la *barbarie dulce* las pueden ver por televisión. Y es que en esas regiones la televisión está mucho más extendida que los filetes, y hasta más que los panecillos, las patatas o sus equivalentes regionales. Lo que ya no me atrevería a decir es que esté más extendida que la Coca-Cola. Parece que esos dos productos, televisores y Coca-Cola, son las únicas cosas que el mundo rico les hace llegar.

En cambio, en el mundo privilegiado es sobre todo la *barbarie dulce* la que se experimenta bajo la forma de un consumo masivo. Y aquí es necesario tener en cuenta una cosa muy importante. Este consumo masivo es algo muy palpable, muy inmediato y que afecta de una manera muy sensible a nuestras vidas. Por el contrario, captar el primitivismo, la irracionalidad y la barbarie destructora exige una cierta dosis de reflexión. Lo mismo que descubrir todo lo que de alienante e insatisfactorio tiene ese consumo masivo que se nos ofrece. Y en principio, lo que se experimenta tiene más fuerza que lo reflexionado. Además, una reflexión crítica sobre el mundo en que vivimos no es fácil cuando estamos abrumados por esa avalancha propagandística del sistema, de la que es difícil librarse. Todos los grandes medios de comunicación responden a los mismos inte-

reses y están sometidos al mismo pensamiento único y a la misma ideología dominante. Así es que lo más fácil es quedarse con lo bonito que es el consumo que la publicidad nos mete por las narices, lo felices que seremos cuando podamos comprar todo lo que El Corte Inglés nos ofrece, y olvidarnos de todas esas monsergas que *gente envidiosa y resentida dice contra este sistema de la libertad y la abundancia*.

El primitivismo, la irracionalidad y la barbarie destructiva del capitalismo tienen que ser desterradas de la humanidad si no queremos asomarnos peligrosamente al precipicio, pero teniendo en cuenta que para eso es imprescindible superar la trinchera del consumo masivo en la que se parapeta, rechazar la *barbarie dulce* que nos ofrece. No es una tarea fácil, pero tampoco es algo que supere las capacidades del género humano. Porque otro bienestar es posible.

Ilusiones

Hace treinta o cuarenta años, inmersos los países más adelantados en un acelerado proceso de automatización de los procesos industriales, cuando la informática comenzaba a abrir un mundo de increíbles posibilidades, las sociedades europeas se consideraban a las puertas de Jauja. Nos acercábamos velozmente a la *sociedad del ocio*. Los robots y los ordenadores se encargarían de la mayor y más desagradable parte del trabajo a desarrollar. A los seres humanos nos quedaría poco más que disfrutar de la riqueza y el bienestar conseguidos gracias a nuestra ciencia y tecnología.

¿Qué ha sido de esas ilusiones? Luis Enrique Alonso afirma: «Nos prometían *el fin del trabajo* y nos ha llegado *el trabajo sin fin*». Hoy nuestras sociedades son

dos o tres veces más ricas que entonces. Se consume más, muchos objetos nuevos y más sofisticados. Sin embargo la idea de ocio en gran parte se ha esfumado, y lo que queda de ella se utiliza como un nuevo campo para el crecimiento del consumo. En vez de la *sociedad del ocio* nos encontramos en la *sociedad del trabajo basura* para muchos y de las horas extra, el pluriempleo y la dedicación obsesiva al trabajo para otros, mientras que para un número cada vez más alarmante de hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, no se vislumbra más porvenir que el paro. Es verdad que ya desde hace tiempo a la *sociedad del ocio* apenas se la mencionaba. Últimamente se hablaba más de *la sociedad del riesgo*, y hoy donde estamos inmersos es en la *sociedad del temor*. Temor al paro que aumenta, a la hipoteca que ahoga, al ERE que viene. Temor que nos hace dóciles y sumisos ante esos inasequibles, imprevisibles e insaciables mercados.

Sin embargo, tampoco los mercados dan la impresión de estar tranquilos y satisfechos. Y no será porque nuestros gobernantes no se esfuercen por tranquilizar, calmar y dar confianza a los mercados. Parece raro que sigan inquietos, ¡qué más querrán! Sin embargo creo que esa inquietud tiene una explicación bastante simple. Detrás de ese término fantasmagórico, ‘los mercados’ hay personas de carne y hueso que, aunque no lo parezca, también son humanos, también tienen su corazoncito y su alma en su armario. Y tienen las mismas necesidades inmateriales que cualquier ser humano. Muchísimo más dinero, pero los mismos huecos en el *hondón del alma*. Su vida los ha vuelto incapaces de reconocer que no es lo mismo consumir que ser feliz, ni son el consumo o el dinero los caminos para la felicidad. Podemos consumir más y más, pero la felicidad sigue estando más allá. Existen esos huecos en

el espíritu humano que de ninguna manera es capaz el consumo de llenarlos. Empeñarse en ese camino lleva a una segura frustración, y lo más grave es buscar en más consumo el remedio de la frustración. El afán con que ansían más y más riqueza, el temor a perder algo de lo que tienen, y realmente les sobra, explica la inquietud que les agita. Nunca se calmarán los mercados, porque nunca estarán tranquilos, serenos y satisfechos los seres humanos que están detrás de ellos. También están atrapados en ilusiones engañosas.

BUSCANDO OTROS CAMINOS

Ahora bien, lo más importante no es descubrir las falacias que encierra el modelo consumista de bienestar, sino presentar frente a él una alternativa comprensible y asequible. De poco serviría mostrar lo inútil del consumo para alcanzar la felicidad si no somos capaces de vislumbrar otros caminos más adecuados. Es, pues, necesario buscar esos otros caminos. Concretamente emprender la búsqueda de un bienestar y una felicidad que sean independientes del nivel de consumo. Si es verdad, como decía Aristóteles, que no se puede concebir que sea feliz el hombre que padece hambre o frío, también tenemos que poner claramente de relieve que no necesitamos defendernos del frío con un abrigo de zorros plateados ni quitarnos el hambre a base de caviar ruso para gozar de un satisfactorio grado de bienestar. Una vez protegidos del frío y saciado el hambre, entran en juego una serie de elementos que no tienen nada que ver con el caviar o los zorros plateados, y pueden producirnos un bienestar mucho más profundo, auténtico y duradero que el logrado con una tarde loca en un centro comercial.

Emprender la tarea pensando que podemos tener éxito, que podemos encontrar una alternativa, ya supone una ruptura con el argumento fundamental de los conservadores: *NO HAY ALTERNATIVA, el capitalismo es lo*

mejor a lo que puede llegar el género humano, el fin de la historia, no se puede ir más allá. La burguesía defiende esta postura en primer lugar por conveniencia, este sistema viene fenomenal para sus intereses económicos. Pero también por coherencia con su concepción antropológica. Esta clase social tiene una visión muy pesimista del ser humano. Siguiendo a Hobbes, ve al hombre como lobo para el hombre. Concibe a los seres humanos como elementos individualistas, radicalmente egoístas y con una ambición insaciable.

No es extraño que con esta visión de lo humano se considere imposible la alternativa. Pero en otras culturas, y hasta los últimos siglos en la cultura occidental europea, el ideal humano es muy distinto. Desde las tragedias griegas a los dramas románticos los protagonistas, los héroes, desde luego no son banqueros ni comerciantes. No podemos negar que hombres con una enorme ambición de riqueza y poder, han existido en todas las épocas, pero no se han considerado un ideal humano al que imitar. Podemos suponer también que siempre ha existido el burgués mediocre y gris, aunque ése no ha pasado a la historia. Y cuando ha pasado a la literatura su papel no ha sido muy lucido.

Se me ha quedado grabada una charla del P. Díez Alegría, hace unos cincuenta años. En ella expuso que la diferencia más fundamental entre una mentalidad de izquierdas y una de derechas era, precisamente, la confianza en los seres humanos. Para la izquierda siempre es posible mejorar, ir hacia delante, conseguir una organización social y económica más justa, un mundo más humano. Para la derecha, por el contrario, el radical egoísmo del hombre no le permite estructurar su mundo de una manera distinta, más benévola. Todos los esfuerzos realizados en esa dirección habrían acabado en costosos fracasos. Lo único que se puede hacer es

encauzar ese egoísmo de la manera más civilizada, lo menos dañosa posible. Hoy tenemos que reconocer que efectivamente muchos esfuerzos de la izquierda han acabado en costosos fracasos. Pero, si este capitalismo de los millones de muertos de hambre, de las guerras crueles e interminables, de las dictaduras sangrientas, de las crisis y la destrucción de la biosfera es lo más civilizado y menos dañoso que se puede conseguir, me parece que la humanidad se va a hacer puñetas.

No aceptamos, pues, que no haya alternativa. La cuestión es descubrirla y exponerla claramente. ¿Cómo podemos acercarnos a la felicidad sin pasar por el consumo desaforado? Habíamos visto los esfuerzos que el espíritu humano había realizado para iluminar el camino hacia la felicidad, hasta que llegó esta invasión de bárbaros modernos. Es verdad que, a pesar de tanta reflexión filosófica, no se ha encontrado ninguna ecuación matemática que nos dé como resultado la felicidad, ni ninguna droga maravillosa que nos la proporcione, pero a lo largo de los siglos grandes pensadores y maestros de la humanidad han señalado unas líneas generales que nos orientan. Y junto a estas orientaciones, contamos con los estudios más recientes realizados en el campo de la psicología y la sociología.

Vemos que un punto de coincidencia entre los estudiosos del tema es que la felicidad tiene mucho que ver con la autorrealización de la persona. Labramos nuestra felicidad cuando nos acercamos a la plenitud de nuestras posibilidades en cuanto a nuestra calidad humana. Cuando llegamos a *ser lo que podemos ser*. Erich Fromm insiste en este *ser*; en contraposición al simple *tener*. *Tener* es algo que queda fuera de nosotros, *ser* afecta al fondo de la persona, ahí donde puede residir la felicidad.

Aranguren escribe: «Cuando el hombre llega a ser el que tenía que ser, cuando realiza su perfección y vocación, está constituyendo el perfil de su existencia feliz». Nos acercamos, pues, a la felicidad cuando nos desarrollamos como personas completas y equilibradas. El polo opuesto al hombre unidimensional que retrata Marcuse, para el cual sólo lo económico es realmente importante, un hombre que tiene atrofiados aspectos fundamentales como persona humana.

Vamos hacia nuestra felicidad cuando cultivamos nuestra inteligencia y alcanzamos un pensamiento propio, crítico y sólido a la vez, no manipulado desde fuera. Cuando desarrollamos nuestra sensibilidad ante la belleza y el arte. Cuando desplegamos nuestra capacidad creadora en una actividad positiva, que pueda dar sentido a una vida humana. Fromm advierte que la felicidad es una consecuencia, un producto que acompaña a determinadas actividades, no algo que pueda buscarse directamente.

Nos acercamos a una existencia feliz cuando diseñamos nuestro propio proyecto vital, en una decisión de nuestra libertad, con sensatez y responsabilidad. Cuando actuamos como seres sociales, conscientes de la importancia de las relaciones humanas en nuestra vida, en nuestro bienestar. Cuando potenciamos nuestras cualidades más positivas, como el amor, la generosidad, el sentido de justicia y la rectitud ética.

Cuando procuramos una psicología sana, liberada de miedos y obsesiones. Sobre la actual obsesión por lo económico escribe Manuel Nieto-Sampedro, neurobiólogo: «Nuestro problema fundamental va a ser controlar esa *deformación patológica* del instinto de conservación que es el *ansia de beneficio económico* a cualquier precio». Esta deformación patológica del instinto de conservación no es más que miedo a la vida y el intento de protegernos con el dinero y con mil objetos o diversiones

que nos defiendan de nuestra inseguridad. Mal camino éste para lograr la felicidad, cuando la felicidad lo que nos pide es que le demos sentido a nuestra vida, un sentido coherente con nuestra condición de seres humanos, seres espirituales, libres y con responsabilidad moral.

Hoy tenemos nuevas herramientas que nos orientan en nuestra búsqueda. A finales del siglo XX nace la ‘psicología positiva’, la cual pretende centrarse en el estudio de los factores que pueden favorecer el bienestar y la felicidad, a diferencia de una psicología tradicional que atendía a la curación de la enfermedad mental y a corregir los comportamientos y tendencias que se apartaban de lo que se consideraba normal. La psicología clásica atendía a la gente que presentaba una cierta anormalidad mental, y los ‘normales’ que se las arreglaran como pudieran. La psicología positiva se plantea cómo esos ‘normales’ pueden llevar una vida más plena y feliz.

Uno de los principales impulsores de la psicología positiva es Martin Seligman. Ante la demanda de una receta para la felicidad, Seligman responde:

En realidad tengo tres, que se aplican a tres niveles que llamo: la vida placentera, la vida buena y la vida con sentido. Para la primera la receta es llenar la vida con todos los placeres posibles, y aprender una serie de métodos para saborearlos y disfrutarlos mejor. Por ejemplo, compartirlos con los demás, aprender a describirlos y recordarlos, y también utilizar técnicas como la meditación para ser más conscientes de los placeres. Pero éste es el nivel más superficial. El segundo nivel, el de la buena vida, se refiere a lo que Aristóteles llamaba eudaimonía, ... el tercer nivel consiste en poner tus virtudes y talentos al servicio de alguna causa que sientas como más grande que tú. De esta manera dotas de sentido a toda tu vida.

Los placeres

Esta triple receta nos puede servir de guía en nuestra búsqueda. En el primer nivel es donde encontramos concentrada la *oferta capitalista de bienestar*, en la vida placentera, vida llena con todos los placeres posibles. Siempre, claro está, que sean placeres con precio, placeres que para obtenerlos haya que pasar por caja. Los placeres gratuitos al capitalismo no le interesan para nada. Al revés, compiten con los que ofrece el mercado, y por tanto estorban; cuanto menos se hable de ellos, mejor. Podrá usarlos en su publicidad, pero con un último objetivo comercial. En un anuncio de televisión pueden aparecer unas maravillosas montañas, con unos deliciosos prados verdes. Pero contemplar las montañas y los prados es gratis (de momento), y eso sería una ruina anunciarlo. Montañas y prados están ahí para inducirnos una grata sensación, llevar luego nuestros ojos a una hermosa vaca lechera, y tras ella a una marca de leche a la que miramos con ese buen ánimo que nos ha dejado la contemplación del paisaje, y en nuestro inconsciente la rodeamos con el aura de naturaleza pura que nos ha producido la contemplación de toda la escena.

Es seguro que a los capitalistas la primera parte de la receta de Seligman les parece estupenda: llenar la vida con todos los placeres posibles. Imaginar todos los placeres que puedan salir de las mentes más calenturientas es la tarea de las *fábricas de deseos* que alimentan la gran maquina publicitaria. Los placeres que se ofrecen pueden consistir en toda clase de servicios, desde un viaje a las Bahamas, un espectáculo en Broadway o una cena en un restaurante de cinco tenedores, hasta unas cervezas en el bar de la esquina. El bar es muy raro que se anuncie en televisión, pero la cerveza, muchísimo.

También es muy abundante y variada la oferta de servicios sexuales. Oferta que podemos ver en algunos de los más destacados medios de comunicación de la muy católica derecha española. Sobre todo es imponente la oferta de placeres ligados a los más variados objetos. Desde la ropa de última moda al teléfono móvil de última generación. La gran tarea de la publicidad es precisamente asociar el placer al objeto. Convertir a los más variados objetos, lo mismo un exclusivo automóvil de cien mil euros que una sopa de sobre, en portadores de felicidad.

En esta primera parte se concentra prácticamente toda la fórmula capitalista para alcanzar la felicidad, su modelo de bienestar se limita a disfrutar todos los placeres que puede proporcionar el consumo de objetos o el consumo de sensaciones. Pero seguro que el entusiasmo que cualquier capitalista experimenta al comenzar a leer la receta de Seligman se le huela al llegar a la tercera línea, donde recomienda aprender a «sabo-rearlos y disfrutarlos mejor». Lo cual supone no andar saltando de un placer a otro, sino que requiere tranquilidad y tiempo para descubrir y paladear las posibilidades que encierra. Eso el capital no lo puede admitir; el gran disfrute de cualquier cosa debe estar en el momento de adquirirla. Entonces sí, que tenga un orgasmo de placer con la compra, un éxtasis de felicidad al pasar por caja y soltar la pasta. Que se abrace a su juguete: ¡Ya lo he comprado! ¡Ya es mío! Pero, a partir de ese momento, cuanto menos dure la satisfacción de la compra, mejor. *¿Saborearlo y disfrutarlo? ¿Para que se pase tiempo y tiempo con el mismo juguete? ¡Ni hablar! Lo que hace falta es que se canse pronto y un nuevo artilugio le haga guiños desde un brillante escaparate.*

Bueno, y las sugerencias de Seligman para «sabo-rearlos y disfrutarlos» son verdaderas blasfemias para

la religión capitalista. *¡Compartirlo con los demás! ¡Qué horror! Pero si lo que tiene que hacer un buen consumista es competir con los demás para tener lo último, lo mejor, lo más caro. Compartir supone que varios van a usar el mismo chisme, en vez de tener uno cada uno. Eso reduce el crecimiento de la economía. ¡Qué disparate! Y lo de recomendar la meditación ya es el colmo. ¡Con la de millones que nos hemos gastado para lavarles el cerebro! Para que no piensen, no reflexionen, no analicen. Todo para convertirlos en espectadores boquiabiertos de lo que nuestros medios de comunicación consideren conveniente inculcarles. Y este insensato va a recomendarles que mediten para ser felices. ¿Es que no se da cuenta de que pueden abrir los ojos? ¡Qué locura!*

Según Seligman este nivel, el de los placeres, es el más superficial. Por él pasan las aspiraciones a *vivir bien* de cualquier auténtico burgués, y lo más probable es que ahí se queden sus aspiraciones. Podríamos decir que éste es el nivel *de un superficial bienestar*. Reducir a eso la felicidad es empequeñecerla, pues la felicidad apunta a algo más profundo. Cuando hablo de otro bienestar, no pretendo limitar la alternativa a este nivel. Pretendo poner el acento en la posibilidad de otro estilo de vida, diferente y más satisfactorio que ese estilo ideal tan ensalzado por la industria publicitaria del capital.

Otros placeres

Para alcanzar una alternativa satisfactoria es fundamental llegar a aspectos más esenciales de la vida humana; sin embargo, de ninguna manera podemos dejar este nivel de los placeres como un espacio propiedad del modelo capitalista. También debemos procurarnos

una vida placentera, pero frente a los placeres mercantilizados tenemos que reivindicar los placeres gratuitos. Rafael Fraguas ha publicado un libro con ese título: *Madrid, los placeres gratuitos*, en que nos invita a gozar con todo lo que la ciudad nos ofrece gratuitamente. A pesar de todo lo negativo que encontramos en ella, tenemos la posibilidad de descubrir, saborear y disfrutar mil aspectos gratificantes que pasan desapercibidos para el afanoso buscador de placeres comprados. Afirma Fraguas: «El valor del placer carece de precio... La vida es un don, un regalo, como lo es el placer de vivirla... Vivir es gratis, como gratis ha de ser la libertad de gozar de su vivencia».

El que frente a los placeres con precio pongamos los placeres gratuitos no quiere decir que sea preciso limitarnos a los placeres estrictamente gratuitos. También satisfacciones, que entrañan un coste reducido y nos permiten saborearlas y disfrutarlas pausadamente, cumplen el papel de liberarnos de la presión consumista del bienestar burgués.

Para salir de la pura abstracción teórica y entrar en el terreno de las posibilidades concretas, apunto algunos campos donde podemos encontrar actividades y sensaciones muy satisfactorias y placenteras, que no dependen del consumo ni de las posibilidades económicas de cada uno, y que pueden ser tranquilamente saboreadas, disfrutadas e, incluso, compartidas con los demás.

La satisfacción de saber

Una de las más extendidas definiciones del ser humano lo etiqueta como 'animal racional'. Por el cultivo y el disfrute de lo racional, de lo intelectual, podrían empezar las pistas que quiero señalar para sugerir caminos hacia otro bienestar. No me refiero naturalmente a

una racionalidad instrumental, fría, robotizada. Esa especie de racionalidad ya está suficientemente de moda. Hablo de un desarrollo intelectual del hombre como capacidad de pensamiento propio, independiente y crítico. Desarrollo intelectual como satisfacción del ansia de conocer, que es una de las características específicas del género humano. Hoy esa ansia de conocer existe con enorme intensidad, pero está férreamente sometida a la utilidad económica que de ese conocimiento pueda extraerse. Nuestra tarea sería liberar a la inteligencia de las ataduras que la subordinan a la rentabilidad económica de cualquier saber. Recordemos que la ciencia comienza en Grecia como una reflexión sobre la naturaleza, realizada en primer lugar por la satisfacción de saber, impulsada por la radical curiosidad humana ante el mundo que se despliega ante sus ojos.

Tendríamos que romper los grilletes que atan el desarrollo intelectual y científico al económico —cuando no a la capacidad destructiva de la especie humana— liberando y potenciando los aspectos simplemente placenteros del saber. Insistir incluso en el aspecto lúdico de la investigación, recuperar el entusiasmo y el gozo con que el niño rebusca en las tripas del muñeco para ver por qué demonios se mueve. Está claro que nuestra mentalidad es muy distinta de la que tenían los filósofos y astrónomos que hace más de dos mil años contemplaban el cielo estrellado en las claras noches de Babilonia o Mileto. A lo largo de los siglos la ciencia ha acumulado un enorme montón de descubrimientos que han desmitificado muchas cosas, pero no han destruido los motivos de admiración y gozo estético ante la contemplación del cosmos. Ha abierto puertas y ha facilitado perspectivas cada día más impensables y asombrosas. Algún científico ha llegado a afirmar que

un motivo de credibilidad de una teoría física o matemática es que es bella.

Pero las ciencias naturales no son el límite del pensamiento humano. Un cierto filosofar siempre ha acompañado la evolución cultural de la humanidad. Es completamente injustificado pensar que la ciencia natural responde —o manifiesta carentes de sentido— a las preguntas a las que ha tratado de responder la filosofía a lo largo de la historia. Filósofo es la persona amante de una sabiduría que trata de abarcar campos a los que no llegan los telescopios ni los detectores de partículas. Esa sabiduría no puede desaparecer sin mutilar gravemente el componente intelectual de la humanidad. La especulación filosófica es un conocimiento satisfactorio en sí mismo, y desde luego se requiere muy poco dinero para desarrollarlo. Incluso parece que puede funcionar mejor acompañado de una cierta austeridad de vida. Tengo la impresión de que un estómago hartado de marisco y caviar no debe ayudar mucho a elevadas especulaciones intelectuales.

Disfrutar el arte

Poseer una gran colección de obras de arte es un lujo carísimo, al alcance de muy pocos. En cambio desarrollar una sensibilidad artística que permita disfrutar de la ingente cantidad de obras de arte que la humanidad ha producido a lo largo de milenios es independiente de las posibilidades económicas de cada uno. Creo que una persona poseedora de esa sensibilidad disfrutará mucho más contemplando un buen cuadro que el coleccionista, podrido de millones, pero capaz sólo de apreciar en un cuadro la firma y el precio. Éste estará muy orgulloso haciendo ostentación de su colección, incluso pasará ante los ojos de muchos papanatas

como un experto en arte. Lo que siempre se le escapará es el profundo y sereno goce estético de la persona que posee una auténtica sensibilidad artística, y que no necesita tener una obra de arte en un salón de su casa para disfrutar de ella.

Esta sensibilidad estética es muy poco fomentada en nuestra sociedad. Es natural, normalmente no da dinero. Sí puede dar muchas satisfacciones al que la posee. Y, a diferencia del dinero, no hay que luchar con nadie para obtenerla. Una persona puede experimentar un enorme placer estético contemplando las vidrieras de la catedral de León, sin necesidad de quitarle nada al placer del que las contempla a su lado. Ni los millones de personas que las han contemplado a lo largo de los siglos han tenido que apropiarse de su belleza para disfrutar de ella. Lo mismo que decía antes sobre el conocimiento inútil, para la inmensa mayoría de las personas la sensibilidad artística es completamente inútil para obtener un beneficio económico de ella, pero es utilísima a la hora de proporcionarnos satisfacciones más profundas que adquirir el último cachivache que hemos visto en unos grandes almacenes y nos ha entrado por el ojo derecho.

Si de las artes plásticas pasamos a la literatura, el panorama que se abre ante nuestros ojos es totalmente inabarcable. Ninguna agencia de viajes podrá jamás ofrecernos algo parecido para adentrarnos en mundos tan variados y sorprendentes como lo que nos presentan los grandes maestros de la literatura universal. Podemos viajar desde el interior del alma humana hasta las lejanas estrellas. Recorrer todas las épocas de la historia y todos los países del mundo. Desde Homero hasta García Márquez, de Cervantes a Graham Greene, todos han creado personajes y situaciones capaces de fascinarnos y proporcionarnos horas y horas de deliciosa lectura.

Claro está que también los libros cuestan dinero, pero, además de tener las bibliotecas públicas y la posibilidad de intercambiarlos con los amigos, la capacidad económica para comprar libros de *lectura* (no me refiero a las lujosas colecciones para adorno de librerías) estaría dentro de los mínimos que la sociedad puede proporcionar a sus miembros. Y ahora con los libros electrónicos, parece que nos ponen todavía más al alcance de la mano cualquier obra de la literatura universal. Lo que sí hace falta es una cierta educación para la lectura, y el arranque para decidirse a cortar la fascinación aletargadora de la televisión. La buena lectura resulta un placer más austero, pero más profundo y mucho más enriquecedor.

Otro campo para el disfrute es el musical. También aquí la variedad que encontramos es infinita y apta para los gustos más variados. Unos se deleitan con las sinfonías de Beethoven y a otros les chifla Camarón de la Isla. A algunos les encanta la música latinoamericana, mientras que otros prefieren la música de jazz. Hay para todos los gustos, desde relajarse con una música oriental a vibrar con el rock a golpe de decibelios. En cualquier caso, el bienestar, la sensación de euforia o relax, la impresión de la belleza encerrada en las notas, no son patrimonio exclusivo de los que ocupan la butaca más cara de la sala de conciertos o acuden a la ópera envueltos en millones. La técnica ofrece hoy enormes posibilidades en este campo, y no hace falta ser multimillonario para poseer un equipo que permita disfrutar de la mejor música en condiciones muy aceptables. Hasta por la calle o en el metro podemos saborear esos ritmos o esa voz que nos encanta. Si nos preocupamos menos de conseguir la última novedad en alta fidelidad —llegada hace dos días de una fábrica china donde se funden la última tecnología y un trabajo de esclavos ro-

manos— y un poco más de mejorar nuestra capacidad receptiva, la música puede trasladarnos al quinto cielo. Y podemos repetir el viaje todas las veces que queramos porque, además, es barato.

No sólo en las grandes obras de arte podemos encontrar una fuente de satisfacciones. Si también tenemos unos ojos abiertos para captar la belleza que se nos ofrece en las creaciones artísticas populares, si sabemos apreciar el sabor de una estrecha callejuela en una ciudad antigua, las macetas cuajadas de flores de un balcón, la rústica fachada de una vieja casa de pueblo, o la jarra de barro con que nos sirven el vino en la taberna de un pueblo olvidado, nuestro caminar por la vida, sosegado y jugoso, no tendrá nada que envidiar al que corre impetuoso aferrado al volante de un Ferrari.

El problema de una gran sensibilidad ante lo bello es el sentirse herido por la fealdad y el mal gusto. Éstos se pueden encontrar en la miseria, o en un pretencioso quiero y no puedo, pero también aparecen ostentadamente en la hortera opulencia de los que confunden lujo con belleza. Como complemento de la sensibilidad ante lo bello es necesario el sentido del humor ante lo que no lo es. Humor que no debe confundirse con la simple comicidad. Y, por cierto, lo mejor es que el humor comience por uno mismo. No tomarse a sí mismo demasiado en serio, ser capaz de reírse de uno mismo. Entonces será mucho más fácil que el humor tenga un tono amable y comprensivo. Y la ironía hiriente y sarcástica sacarla lo menos posible. El sentido del humor, que tan necesario es en tantas circunstancias de la vida, está estrechamente vinculado con la madurez humana de la persona, con su visión global de la vida, con su correcta jerarquización de valores y su sentido de la proporción.

La satisfacción de crear

No sólo como espectadores podemos disfrutar del arte y la belleza. También podemos hacerlo como actores. No tengo ningún amigo entre esas personas que cuando alguien llega a su casa le dicen: «Mira este Matisse que he comprado en Londres en una subasta». Supongo que se sentirán muy contentos al mostrar su última adquisición. Pero sí tengo algunos de los que dicen: «Mira el cuadro que he pintado estas vacaciones», y no creo que la satisfacción de este último sea menor que la del propietario del Matisse. Porque el cuadro no será tan bueno, pero es su obra, se ha realizado a sí mismo al realizarla. Es el otro aspecto del arte, considerado no sólo como contemplación de las obras de grandes maestros, sino como actividad propia, íntimamente gratificante.

Sobre el tipo de diversiones que nos propone la sociedad moderna, hace ya más de setenta años que Bertrand Rusell decía: «Las diversiones de los habitantes de las ciudades modernas tienden a ser cada vez más pasivas y colectivas, y reducirse a la contemplación inactiva de las habilidosas actividades de otros». La masiva introducción de la televisión en los últimos años ha disminuido el carácter colectivo de nuestras diversiones, pero ha elevado su pasividad a un nivel patológico. Claro que para compensar ese aislamiento están los grandes estadios de fútbol. En ellos los asistentes que llenan las gradas vibran, se identifican con los jugadores y con los otros entusiastas espectadores, se sienten participantes de un gran acontecimiento deportivo, un partido *histórico*. Los que dirigen la función les empujan a soñar que hacen Historia, y así aceptan pacíficamente su papel de *ciudadanos espectadores* manipulados por los dueños del cotarro. Algo similar

podríamos decir de los grandes acontecimientos musicales, los macroconciertos, donde una multitud de fans se agitan hechizados por la figura de su ídolo.

Frente a esta pasividad es preciso dar paso a la creatividad, la imaginación, fomentar el desarrollo de las propias habilidades. Lo que se puede hacer en los más diversos campos, desde una obra de arte a una chapuza doméstica, o dominar un nuevo programa de ordenador con el que realizas unos vídeos que ni Almodóvar. Pintar un cuadro o tornejar una vasija de cerámica suponen un esfuerzo por expresar el sentido de la belleza que se lleva dentro. Con el esfuerzo ese sentido se afina y crece, se desarrolla la sensibilidad artística y toda la persona se enriquece.

Lo mismo podemos decir de la creación literaria. Si pretendemos escribir una obra narrativa, nos obligamos a poner nuestra imaginación a pleno rendimiento, a ser más observadores de la vida que nos rodea, de las personas y las cosas. Si lo que queremos expresar son nuestras ideas, tenemos que pensarlas y repensarlas, definir las mejor. Al exponerlas a la crítica de los demás nos obligamos a justificarlas con más rigor. Todo ello nos acerca a tener nuestro propio pensamiento, elemento esencial para nuestra propia libertad. Y cuando hemos trabajado denodadamente buscando la expresión de una idea, la palabra justa, el matiz adecuado, luego podemos apreciar mejor, recrearnos más profundamente con la aparente facilidad, la fluidez, el colorido, el vigor y la precisión con que se expresan las grandes figuras de la literatura.

Otras personas preferirán el terreno de la música. Participar en un coro, tocar un instrumento, o mover el esqueleto siguiendo el ritmo, vertiginoso o lento, de una música que nos arrastra. A otros, por fin, se les ocurrirá algo mucho más interesante, algo nuevo, original

y distinto de todo lo que se me ha ocurrido poner aquí. Pero siempre sobre el común denominador de buscar su bienestar en algo más personal y enriquecedor que la pasión consumista.

Las relaciones humanas

El hombre es un ser social. Sólo llega a desarrollarse como persona en una comunidad humana. Nuestra evolución intelectual y afectiva está en gran parte condicionada por el medio humano que nos rodea. Necesitamos la presencia de los demás, mantener con ellos una relación múltiple, sentirnos aceptados y afirmados por los otros. Teniendo esto en cuenta, deberemos admitir que el grado de bienestar que consigamos en nuestra vida vendrá influido en gran medida por la calidad de nuestras relaciones humanas. Jorge Riechmann escribe: «La investigación contemporánea sobre la felicidad, desde la psicología y las ciencias humanas, redescubre y afianza una antigua propuesta de Aristóteles y Epicuro: la clave son los vínculos sociales satisfactorios».

Es evidente que estas relaciones serán más conflictivas en una persona que tiene como objetivo en su vida conseguir todo el dinero que pueda. Tiende a ver a los otros como competidores, todo lo más como aliados de conveniencia en la lucha contra los demás. Y sobre esa alianza siempre aleteará la sombra de una posible discordia cuando cualquier circunstancia convierta en antagónicos los intereses de los antiguos socios. ¿Negaremos por esto que puedan disfrutar de una auténtica amistad personas que siguen la pauta general de esforzarse por aumentar continuamente su nivel económico? Pues no sé. Quizá puede llegar a darse esa amistad, pero siempre tendrá que superar unos obstáculos muy

serios. Una persona habitualmente guiada por móviles egoístas difícilmente evitará que el egoísmo conforme toda su personalidad, y así es mucho más difícil que surja una amistad realmente desinteresada. Para esas personas la amistad no es lo primero. Lo primero es aquello que consideran fundamental para su propia felicidad: su estatus económico y social. Por tanto las posibilidades de ruptura son mucho mayores y, si de alguna manera estos escollos se logran salvar, es todavía más difícil evitar que el grupito se convierta en un pequeño búnker, erizado de púas hacia el exterior.

Cuando una persona busca su bienestar por otros caminos se hace consciente del papel fundamental que las relaciones humanas juegan en su vida, y es igualmente consciente de la importancia que la generosidad y el desinterés tienen para que se dé una amistad honda y sólida. Cuando una persona no tiene el alma endurecida en la batalla por el euro, posee la suficiente sensibilidad para relacionarse con los otros a un profundo nivel humano. La dosis de estima y aprecio que necesita recibir de los demás no intenta conquistarla invitándolos a su deslumbrante mansión, la gana limpiamente con un talante humano abierto y generoso. Con una entrega sincera en sus relaciones afectivas. Una persona sincera, *de confianza*, no tiene necesidad de comprar las amistades ni los afectos, ni precisa dejar pasmados a los vecinos con un despampanante Mercedes SL para conseguir un respeto.

El egoísmo o el altruismo son opciones fundamentales que configuran toda la manera de ser y de comportarse de una persona, y se reflejan de una forma u otra en todos los campos de sus relaciones humanas. No creo que pueda ser real la imagen del ejecutivo agresivo, que es un tigre luchando implacable por el dólar, con una ambición sin límites en el terreno profesional,

y que luego es un tierno padre de familia, todo generosidad y desinterés con los suyos. En este posesivo está precisamente la clave de la aparente contradicción. No ve a su familia como otras personas, son los 'suyos', le pertenecen también. Lo que les afecte a ellos, le afecta a él. De una manera u otra se tiene a sí mismo en el punto de mira de toda su actividad.

Pero lo importante no es lo negativo que tiene el modelo economicista de bienestar. Lo que aquí quiero recalcar es el grado de bienestar que unas relaciones humanas satisfactorias pueden proporcionar a las personas. También podría decir que unas relaciones humanas positivas y placenteras no tienen nada que ver con el afán consumista y lucrativo de cada uno, pero la verdad es que esto no es exacto. De ninguna manera podemos decir que no tienen nada que ver, tenemos que hablar de relación estrecha, pero de una relación inversamente proporcional. Cuanto menor sea la preocupación de una persona por lo económico, más capaz será de establecer unas relaciones humanas positivas, sólidas y profundas.

En primer lugar, en el círculo más estrecho, la relación de pareja, que se basará en un auténtico amor y no en una coincidencia de egoísmos. Hoy se dice poco eso de 'Contigo, pan y cebolla'. Actualmente la dieta mínima exige algo más que 'pan y cebolla'. Pero, si el 'contigo' funciona, no se requiere una cena en El Bulli. Si por el contrario sentimos la necesidad de alimentarnos con cinco tenedores un día sí y otro también, es una señal bastante fiable de que el 'contigo' no acaba de satisfacernos plenamente. A partir de esta relación más íntima, los grupos con los que nos relacionamos se van ampliando, desde el círculo de amigos íntimos hasta el conjunto de toda la humanidad. En todos esos círculos, los sentimientos de desprendimiento y gene-

rosidad contribuyen decisivamente a la experiencia de confianza y bienestar.

O sea que el amor y la amistad pueden hacernos mucho más felices que los millones de dólares. Esto es una afirmación muy simple, que ha sido muy repetida a lo largo de los siglos, pero que hoy es franca o sutilmente combatida y ridiculizada por los interesados en que nos dejemos las pestañas para consumir todo lo que les convenga ponernos delante. De todas formas, la experiencia no les da la razón.

No ser 'clases pasivas'

Aristóteles hablaba del carácter 'político' del hombre. Es decir, participante, responsable de la 'polis', la Ciudad, lo que hoy sería el Estado, y lo que cada vez más va siendo la humanidad entera.

Vivir con coherencia nuestra plenitud humana exige actuar de acuerdo con este carácter político —naturalmente no hablo de una actuación como la de ese individuo al que pillaron reconociendo que: «Yo he venido a la política para forrarme»—. Tomar conciencia de que la participación en la 'polis' exige algo más que una papeleta de voto cada cuatro años. Aceptar el derecho y el deber de responsabilizarse de la marcha de los asuntos públicos, conscientes de lo que los asuntos públicos influyen en la vida de todos y cada uno. No es necesario que esta actividad se realice a través de una organización estrictamente política. Puede llevarse a cabo desde cualquier movimiento social: sindicato, asociación de vecinos, AMPA, grupo de lucha contra la droga, defensa de la naturaleza, promoción cultural, etc. Actualmente los grupos en torno al 15M constituyen una de las formas más vivas de participar en política, aunque algunos lo hagan rechazando el papel de los partidos.

Esta participación produce alegrías y da disgustos, pero, sobre todo, produce la gran satisfacción de sentirse miembro responsable y activo de la gran comunidad humana. Lo de ser una dócil oveja que se limita a ir triscando por los prados a los que le conducen los pastores de turno, la verdad es que es un papel bastante triste.

Disfrutar como niños

La gran satisfacción del niño es el juego. Es su principal actividad y una fuente básica de sus alegrías. El juego es una actividad que se realiza sin más mira utilitaria que el placer mismo obtenido al realizarla. Los adultos no podemos convertir toda nuestra existencia en juego, pero hay que reconocer que nos hemos pasado eliminando excesivamente los aspectos lúdicos de la vida. Hemos puesto demasiado el acento en la seriedad de todo lo que hacemos, quizá como consecuencia de un escaso y defectuoso sentido del humor. Naturalmente que algunas cosas sí hay que tomarlas muy en serio. Hay que tomar muy en serio los millones de personas que mueren de hambre todos los años en el Tercer Mundo. Estas páginas son el resultado de tomar muy en serio la situación crítica que atraviesa la humanidad en estos momentos, con el drama del paro, la desigualdad galopante, y un deterioro social y político que va parejo con el deterioro del medio ambiente.

Bueno, pues todo esto hay que tomárselo muy en serio. Pero como en la vida no podemos estar siempre con aire de magistrado del Supremo, para poder tomarnos en serio el drama de los millones de parados es imprescindible reírse de otros muchos 'dramas'. Por ejemplo, hay que reírse del 'drama' que supone no tener un chalé en la sierra ni un apartamento en la playa, no poder comprarse los mismos trapitos que la vecina del quin-

to, o no tener un todo terreno como mi amigo Manolo. También es muy saludable no tomarse muy en serio la última bronca en la oficina, y resignarse con filosofía ante la multa por dejar mal aparcado el coche. ¡Está tan arruinado el Ayuntamiento! ¡Pobre señora alcaldesa! Y desde luego, si te tropiezas con algún ingenuo que se ha creído, aunque sólo sea un poquito, eso de que la libertad se consigue con cierto modelo de coche, no te rías de una forma demasiado sarcástica del pobre hombre.

Ahora bien, no se trata sólo de desdramatizar muchos aspectos de nuestra vida. Se trata del lugar que el juego puede ocupar dentro de nuestro ocio para conseguir una vida más agradable. Juego auténtico, es decir, aquel en que se desarrolla una actividad que pone en funcionamiento nuestras habilidades mentales o físicas, nuestro ingenio o destreza. Necesitamos recuperar el gusto por lo lúdico. Desarrollar una actividad satisfactoria en sí misma, independientemente del resultado. Porque hay una serie de juegos totalmente contaminados por el afán económico y por la pasividad de las diversiones propias de nuestra sociedad. Las máquinas tragaperras y el bingo son los claros ejemplos. Resulta curioso el rótulo que se pone a los salones repletos de tragaperras y marcianitos: Juegos Recreativos. Aparte de la redundancia (todo juego es recreativo, o no es juego), resulta que se denomina específicamente recreativos a los menos recreativos de todos, donde no hay la menor actividad lúdica y todo se reduce a apretar un botón y esperar a que caigan o no caigan las monedas. Seguramente los autores del rótulo piensan que lo más recreativo que hay en este mundo es el sonido de una cascada de monedas precipitándose en las manos del afortunado ganador.

En la novela de Aldous Huxley *Un mundo feliz* aparece un grupo de niños jugando en el jardín de una

guardería. Juegan a la pelota, pero el centro de su juego es un complicado artilugio de acero cromado. El director del centro se dirige a un grupo de estudiantes que están visitando la institución:

Es curioso pensar que hasta los tiempos de nuestro Ford la inmensa mayoría de los juegos se jugaban sin más aparatos que una o dos pelotas, unos pocos palos y a veces una red. Imaginen la locura que representa permitir que la gente se entregue a juegos complicados que en nada aumentan el consumo. Pura locura. Actualmente los Interventores no aprueban ningún juego nuevo a menos que pueda demostrarse que exige cuando menos tantos aparatos como el más complicado de los juegos ya existentes.

El papel de los Interventores empiezan a representarlo los anuncios de la televisión, tratando de convencer a la parte más débil de los espectadores, los niños, de que abarrotando sus cuartos de juego con trastos a cual más sofisticado lo van a pasar bomba. Los niños en un primer momento se dejan convencer con gran facilidad y se vuelven locos con el deseo de conseguir esos juguetes. Sin embargo, como el perfecto condicionamiento a que son sometidos en el *Mundo feliz* de Huxley entre nosotros hoy todavía está en ensayo, suelen cansarse rápidamente y a lo mejor prefieren una caja de cartón y un taco de madera que les permite dar rienda suelta a su imaginación y su espontaneidad.

También en los juegos de los mayores existe el peligro de que el centro de gravedad se vaya desplazando de la actividad del jugador al aparato con que se realiza el juego. Tratamos de huir del consumismo y nos lo tropezamos al volver la esquina. Ciertamente la moderna tecnología presenta ofertas deslumbrantes, pero no olvidemos que antes de que se inventara el primer

ordenador había juegos con los que la gente lo pasaba muy bien, y que la última maravilla tecnológica no cura la depresión ni evita los disgustos familiares o laborales. Personalmente dudo de que cualquier Play Station, sea 3, 4, 5, o las que vengan, produzca más satisfacción que una buena partida de mus. Y si además le ganas a un amigo vasco que presume de haberse amantado en las más genuinas fuentes de la sabiduría musical, eso ya es la pera.

Contiguo a este terreno del juego está el de los *hobbies* y aficiones de cada uno. Es verdad que hay aficiones, como las de navegar en un yate de cuarenta metros o coleccionar coches deportivos, que son poco compatibles con un modelo de bienestar alternativo, el cual supone una cierta austeridad de vida. Pero hay otros muchos, desde el aeromodelismo a las colecciones de cajas de cerillas, la fotografía o la construcción de maquetas de barcos que sí podrían estar al alcance de todo el mundo. No se trata, claro, de que todo el mundo lo practique todo y haga de todo; eso nos volvería a meter en la rueda del consumo. Lo que permitiría ese nivel mínimo que hoy podría garantizarse a todos los seres humanos, si la riqueza se repartiera equitativamente, es un margen de desahogo para desarrollar una actividad similar a las mencionadas. Algo que fuera realmente satisfactorio para la persona, que le interesara profundamente y llenara su ocio con una ocupación gratificante y humanamente enriquecedora.

La naturaleza, la fuente de la vida

Tengo que decir que a mí el contacto con la naturaleza me proporciona momentos de bienestar, de gozo sereno y profundo como pocas cosas en la vida. Siempre, aunque sea recorriendo la montaña en un día de

perros o cruzando campos de Castilla bajo un sol de fuego, encuentro algo gratificante y estimulador. Un atardecer en las rías gallegas o un paseo bajo un bosque de hayas en el Pirineo no tienen precio.

Pues la naturaleza es un bien público, está ahí para disfrute de todos. Cuando la troceamos y tratamos de apropiarnos de un cachito de ella, cuando nos aferramos a nuestra parcelita, la cercamos bien y nos encerramos en ella, es precisamente cuando abandonamos lo más hermoso que la naturaleza tiene: la amplitud, los horizontes abiertos, el aire limpio que pasa por encima de verjas y alambradas, la luz del sol y la infinita bóveda de las estrellas, el inmenso mar, la vida que desborda límites y fronteras. No nos podemos apropiar de la naturaleza; ni el sol se puede comprar, ni la vida que da su color y fragancia a las flores. Eso está ahí para todo el que los sepa mirar, para el que sea capaz de apreciar su belleza, de captar su mensaje.

No son unos ojos ambiciosos los más preparados para ello. En su afán de poseer son como el que aspira una bocanada de aire fresco y ya no quisiera soltarla. Al cabo de unos segundos el aire encerrado en los pulmones se ha vuelto asfixiante. El encanto de la naturaleza es aire que no podemos retener, del que no nos podemos apropiar. Hay que sentir su paso vivificante por nuestros pulmones, y después dejarlo marchar con la confianza de que la acariciante atmósfera con que nos abraza la Tierra nos regalará una nueva bocanada de aire limpio.

No puedo menos de recordar aquí otro pasaje de la novela de Huxley citada anteriormente. En una «Sala de Condicionamiento neo-pavloviano» los niños de las castas bajas, los Gammas, los Deltas y los Epsilones, son duramente condicionados para aborrecer los libros y las flores. El grupo de estudiantes visita también este centro.

Uno de los estudiantes levantó la mano; aunque comprendía perfectamente que no podía permitirse que los miembros de una casta baja perdieran el tiempo de la comunidad en libros, y que siempre existía el riesgo de que leyeran algo que pudiera, por desdicha, destruir uno de sus reflejos condicionados, sin embargo... bueno, no podía comprender lo de las flores. ¿Por qué tomarse la molestia de hacer psicológicamente imposible para los Deltas el amor a las flores?

Pacientemente, el DIC (director del centro) se explicó. Si se inducía a los niños a chillar a la vista de una rosa, ello obedecía a una alta política económica. No mucho tiempo atrás (aproximadamente un siglo), los Gammas, los Deltas y hasta los Epsilones habían sido condicionados de modo que les gustaban las flores; las flores en particular y la naturaleza salvaje en general. El propósito, entonces, estribaba en inducirlos a salir al campo en toda oportunidad, con el fin de que consumieran transporte.

¿Y no consumían transporte? —preguntó el estudiante—. Mucho —contestó el DIC—, pero sólo transporte. Las primulas y los paisajes, explicó, tienen un grave defecto: son gratuitos. El amor a la naturaleza no da quehacer a las fábricas. Se decidió abolir el amor a la naturaleza, al menos entre las castas más bajas; abolir el amor a la naturaleza, pero no la tendencia a consumir transporte. Porque, desde luego, era esencial que siguieran deseando ir al campo, aunque lo odiaran.

A veces tengo la impresión de que el condicionamiento para salir al campo, aunque se le odie, está muy avanzado en la sociedad capitalista. Urbanitas que, después de una o dos horas de coche, invaden la naturaleza cargados con toda la impedimenta necesaria para convertir la sierra en una sucursal de la cocina y el salón-comedor domésticos. El entorno natural se convierte

en un objeto de consumo más que al paso de la marea humana es efectivamente consumido, aniquilado, convertido en un erial o un basurero.

Y desde luego, para el problema de los libros, los dirigentes del capitalismo han encontrado una solución mucho mejor que la del *Mundo feliz* de Huxley. En vez de prohibir que las clases populares lean libros, por el riesgo de que lean algo que pueda «destruir uno de sus reflejos condicionados», lo que se hace es justo lo contrario: facilitar que lean libros y revistas que refuercen sus reflejos condicionados. Rodear a la gente con una nube de publicaciones de brillante colorido y contenido alienante, que colaboren con la tarea de atontamiento intelectual que realiza el complejo comercial-publicitario. Novelas estúpidas, revistas del corazón, periódicos deportivos con impactantes titulares, que elevan un partido de fútbol a una épica gesta patria. El fomento de la estupidez es mucho más eficaz que la prohibición de la sabiduría. La prohibición confiere un cierto atractivo a lo proscrito y daña la imagen de libertad y democracia que tan bien ha explotado el capitalismo. Y desde luego es una solución mucho más favorable para la industria y los negocios editoriales.

Volviendo a la naturaleza, ésta es esencialmente un bien común, que es necesario cuidar entre todos, y entre todos defender y disfrutar. El auténtico disfrute de nuestro entorno natural es diametralmente opuesto al afán consumista, con su pretensión insaciable de apoderarse de todo lo que tiene a su alrededor. La especie humana ha surgido en el útero fecundo de la madre Tierra. Hemos crecido, y ahora pensamos que no sólo no necesitamos la tutela materna, sino que podemos explotarla a nuestro antojo. Olvidamos que una persona puede matar a su madre y seguir viviendo; la humanidad no. Seguimos siendo el feto encerrado en el vientre

húmedo de la madre, y necesitamos vitalmente de ella. La salud y vitalidad de la madre Tierra es nuestra propia salud y vitalidad.

Ciertamente no podemos pretender una vuelta a una civilización primitiva. No podemos soñar con la vida del ‘buen salvaje’, ni renegar de todo lo conseguido por la cultura humana y sus conquistas técnicas a lo largo de los siglos. Eso sería una regresión infantil, impensable e inaceptable. El error es, precisamente, poner los avances científicos al servicio del beneficio económico, en vez de utilizarlos para el cuidado de la naturaleza y para conseguir una vida más equilibrada y placentera para toda la humanidad. El desarrollo técnico ha sido una evolución natural, pero podemos convertirlo en antinatural, si olvidamos el entorno en el que ha nacido y crecido y del que depende esencialmente. Nuestro apetito insaciable de consumirlo todo nos puede llevar a romper el maravilloso equilibrio de la biosfera que nos ha hecho posibles a nosotros mismos.

El disfrute de la naturaleza al que me refiero no tiene nada de consumista. Es una contemplación admirativa, y al mismo tiempo, una sintonía con el hondo latir del Cosmos que nos rodea y al que pertenecemos, un universo cuyos límites se nos escapan en todas las direcciones. Somos, en cuanto hoy podemos saber, el final al que han llegado los vertiginosos torbellinos de partículas empujadas por el big-bang originario y arrasadas por una dinámica imparable que las lleva a la vida y a la conciencia. Carl Sagan, en su obra *Cosmos*, escribe al pie de una fotografía: «Parientes cercanos: una encina y un hombre». La vuelta a la naturaleza, para hermanarnos con ella, para vibrar al unísono de su respiración profunda, es el reencuentro con nuestras raíces más hondas.

Dicen algunos psicólogos que la primera etapa de la vida de una criatura en el seno materno es una época de bienestar y placidez, que luego es inconscientemente añorada durante toda la vida. Sumergirnos en un bosque, dejarnos mecer por las olas del mar o acariciar por la hierba de los prados, inundarnos de sol o empararnos con una lluvia de verano, tiene algo de vuelta al útero telúrico, reencuentro de paz, armonía y gozo ancestrales. Ser capaces, pues, de disfrutar hondo de toda la naturaleza es mucho más placentero que dejarse las pestañas trabajando para intentar apropiarse de una minúscula, ridícula, partícula de ella.

«In corpore sano»

Antes hablaba de la satisfacción de ‘saber’, del desarrollo de nuestra capacidad intelectual. Ahora quiero referirme al cultivo de lo más material de nosotros mismos: nuestro propio cuerpo. Al ejercicio físico, el deporte, como complemento necesario para un desarrollo equilibrado de todo el complejo humano. Al deporte como mezcla de juego y fortalecimiento físico. Al ejercicio corporal como una de las bases para mantener una buena salud fisiológica y psicológica.

No aspiro a un premio a la originalidad por proponer el deporte como una fuente de satisfacción. Nuestra sociedad también dice ser muy amante del deporte, y las decenas de partidos de fútbol que las televisiones retransmiten cada semana demuestran claramente la cantidad de gente que se siente encantada con ‘el deporte’. Pero los tiros no van por ahí, claro. El deporte que se fomenta está contaminado con la fiebre competitiva de nuestro sistema socio-económico. Los ejemplos que se nos presentan como modelos de deportista están muchas veces en las antípodas del tipo humano que

propugnamos. Están orientados a la competición en un terreno concreto, y en su preparación ya no falta más que la manipulación genética para obtener monstruitos que salten cuatro metros de altura o lancen la pelota de tenis con la fuerza y precisión de un lanzagranadas, sacrificando a eso todo lo demás. O sea que, de desarrollo armónico, nada de nada. Esa preparación exige sacrificios muy largos y duros, justo lo contrario del deporte como juego y placer. El cual, aunque también puede exigir a veces una cierta austeridad y esfuerzo, está siempre impregnado de un espíritu lúdico que lo convierte en placentero.

Y, por fin, la meta que da sentido a todo ese esfuerzo: ¡el triunfo! El triunfo deportivo y el montón de millones que se embolsan los triunfadores y los que les rodean. Es decir, que el deporte se ha convertido en un negocio más, y lo económico vuelve a primar sobre cualquier otra consideración. Naturalmente que la inmensa mayoría de la gente que practica un deporte no son deportistas de competición y jamás sacarán un euro de su actividad. Pero los modelos están ahí deformando toda la concepción de la práctica deportiva. También es notable la deformación por desvío hacia el otro extremo, la pasividad. Se llegan a considerar aficionados al deporte unos orondos señores, cuyo único ejercicio consiste en pasar del asiento de su coche al de la tribuna del estadio, donde se limitan a ser meros espectadores de la actividad profesional de otros. Y eso los que van al estadio; no digo nada los que se quedan en el sillón ante la tele viendo partido tras partido. Muy deportistas ellos.

Tenemos, pues, que realizar un esfuerzo para superar la visión mercantilista, competitiva y consumista del deporte —no nos creamos que para practicar el deporte más sencillo: correr por un camino al aire libre, son

imprescindibles unas zapatillas de doscientos euros—, y recuperar la concepción clásica de perfeccionamiento y dominio del propio cuerpo. Que la expresión: *jugar a...* recupere plenamente su sentido lúdico, placentero y desinteresado. El deporte practicado de este modo es también uno de esos placeres, gratuitos o muy baratos, que forman el primer nivel de nuestra felicidad.

El trabajo gratificante

«Comerás el pan con el sudor de tu frente». Esta vieja maldición bíblica ha experimentado a lo largo de los siglos y lo ancho de los países enormes variaciones en la cantidad de sudor que ha supuesto y supone para los seres humanos. El esclavo egipcio, que empuja los bloques de piedra por las interminables rampas hasta la cúspide de la pirámide, y el gruista que aprieta el pulsador para subir media tonelada de hormigón hasta el piso 16 de la obra, los dos trabajan, pero la diferencia es muy notable. Trabajan el arquitecto que está diseñando una nueva urbanización y el minero sudafricano, el científico alemán y el campesino de los Andes. Todos realizan un trabajo, pero entre el grado de satisfacción o de penosidad que suponen unos y otros media un abismo, *independientemente del grado de retribución de cada uno.*

Vivimos en una época en que los avances técnicos están haciendo posible una disminución prodigiosa de la fatiga y la penosidad del trabajo. Incluso en el campo intelectual, técnico, los ordenadores se encargan de las más tediosas tareas de cálculo y dibujo, dejando para el cerebro humano lo más creativo, buscar las soluciones más imaginativas y originales a los problemas. De tal manera esto es así, que se puede pensar en una sociedad

donde gran parte del trabajo deje de estar en la zona de las tareas penosas, para situarse entre las gratificantes.

En una sociedad donde el paro hubiera dejado de ser un fantasma amenazador, donde cada persona tuviera la tranquilidad de saber que sus necesidades fundamentales iban a estar siempre suficientemente cubiertas y que además no estuviera obsesionada por la rentabilidad económica de su trabajo, cada uno podría optar mucho más libremente por una profesión u otra, según sus gustos y aptitudes. En un trabajo elegido sin la presión social que empuja a optar por las carreras de más prestigio y sin el objetivo absorbente del mayor rendimiento económico se pueden encontrar numerosos aspectos gratificantes. Un trabajo para el que nos sentimos vocacionados y en el que nos vemos realizados. Llegaríamos así a una situación en que el trabajo no sería una pesada carga, sino un elemento más que contribuiría al bienestar de la persona, entraría en el campo de lo placentero.

Claro que hablar así en las condiciones actuales de paro y precariedad parece una broma de mal gusto. En todo caso, más parece un sueño utópico que una posibilidad real. Pero las utopías no están para guardarlas en el armario, sino para caminar hacia ellas, por muy lejanas que parezcan. Y siempre hay algún sendero por donde caminar. El sistema capitalista nos mimra como consumidores, nos aturde como ciudadanos, eso sí, muy amablemente, pero como trabajadores nos da leña por activa y por pasiva. El que no tenga mucha suerte, madera de héroe —o sea hijo de papá— tendrá que engancharse a lo que encuentre para ganarse las habichuelas. Pero también en esa situación hay una vía de escape. Consistiría en dedicar las menos horas posibles a ese trabajo servil, y buscar otra actividad, sea un movimiento social, un grupo político, una ONG, cualquier

cosa donde pueda sentirse libre, y donde pueda contribuir a conseguir una sociedad más justa y humana.

Hace años, cuando las condiciones laborales no eran tan nefastas como las actuales, el catedrático de Ética J. L. L. Aranguren escribía: «El trabajador, al no poderse sentir implicado, comprometido en su trabajo, al verse ‘empleado’ tan por debajo de su potencial psíquico y de su dignidad humana, o trata de olvidar su condena en la diversión, o intenta expresar de algún modo su personalidad en otra tarea, por pueril o maniática que ésta sea». Creo yo que para no dejarse aplastar por un trabajo alienante, mejor que buscar sólo el olvido en el aturdimiento que producen la televisión y los espectáculos de masas, o tratar de expresarse en una tarea pueril o maniática, sería buscar una forma de realizarse como persona entregándose a una actividad que dé sentido a su vida.

Recapitulando

Hasta aquí nos hemos movido en el nivel más bajo de los que recoge la receta para la felicidad de Seligman, el nivel de los placeres. Evitar los placeres que nos mete por los ojos la máquina publicitaria, placeres efímeros, que estallan y se apagan como fuegos artificiales. Buscar los placeres que pueden saborearse y disfrutarse de una manera plenamente consciente y que pueden compartirse con los demás. Placeres que tienen algo de inagotable. En esta línea van las sugerencias que he planteado anteriormente. Y por esta línea nos acercamos al segundo nivel de la felicidad que propone Seligman.

Pero antes de seguir me gustaría hacer notar que este tipo de placeres no son una ocurrencia mía. Ciertamen-

te no aparecen anunciados en ninguna televisión. Ni siquiera en los medios de comunicación con más vitola de progresistas aparecen reflejados. Por el contrario la necesidad de mantenerse económicamente obliga a todos los medios de comunicación a que —salvo publicaciones muy minoritarias— todos se vean plagados de la más alienante publicidad comercial. Sin embargo son muchas las voces que, lejos de los grandes medios de difusión ideológica del sistema, promueven la necesidad de desengancharse del lazo del consumo y emprender otro estilo de vida. Pero son voces sin altavoces. El estruendo va por el otro lado.

Por mis manos han pasado gran número de libros y artículos planteando la necesidad de una vida alternativa. Algunos títulos que me vienen a la memoria, como *La bolsa o la vida*, *La vida simple*, *Vivir mejor con menos*, resumen el pensamiento que inspira esta corriente alternativa, que está muy consolidada y con representantes muy brillantes, aunque difícilmente sus propuestas lleguen al gran público. Lo que planteo aquí no supone una novedad sustancial con lo que exponen estas otras obras. Sí me gustaría recalcar una cosa, el aspecto positivo de la alternativa. No se trata de que, ante la imposibilidad de seguir con el estilo de vida que el capitalismo nos presenta, busquemos resignadamente un estilo distinto que pueda resultar aceptable. No interrumpimos ni ralentizamos el progreso de la humanidad hacia una vida cada vez más satisfactoria. Salimos de la vía muerta en que nos ha metido el sistema capitalista y empezamos a caminar por una vía libre. También quiero destacar la fuerte relación que, en mi opinión, se da entre el estilo de vida consumista impuesto en nuestro mundo y el fracaso de la izquierda, que se ha hecho clamoroso con la actual crisis.

Últimamente se habla bastante del ‘decrecimiento’ —en los sitios donde se habla de estas cosas, que por supuesto son los menos—. Hace poco leí *El decrecimiento feliz y el desarrollo humano*, de Julio García Camarero. Estoy totalmente de acuerdo con las ideas que expone. Pero veo que son tantas las ilusiones y esperanzas puestas en su contrario, el crecimiento, que me parece difícil que la idea de un *decrecimiento feliz* llegue a penetrar en unas mentes dominadas por el dogma indiscutido e indiscutible del crecimiento, que se presenta como panacea para todos los males y fuente de todos los bienes. Vamos que el crecimiento viene a ser como el santo milagrero de la religión capitalista; con él se acabará el paro, aumentará la capacidad adquisitiva, y podremos volver a los grandes centros comerciales, las catedrales del consumo, a sumergirnos en la excitante orgía de las compras.

A veces nos podemos encontrar también con algo tan paradójico como un *consumo solidario*. Se basa en adquirir algo, que puede ir desde una invitación para una cena de supergala a beneficio de los niños hambrientos de Haití hasta un bolígrafo solidario. En algunos casos está muy claro que se trata de una hipócrita y escandalosa operación de imagen. En otros casos la intención puede ser buena, se trataría de un intento para conseguir algunos recursos con que paliar mínimamente necesidades apremiantes. Pero no cabe duda de que, independientemente de la buena voluntad de muchas de las personas que participan en esas campañas, se da una desvalorización, una trivialización de la solidaridad. Se vende *solidaridad barata*, de usar y tirar. La solidaridad parecería compatible con la sociedad de consumo. Adela Cortina expresa muy claramente que eso no es posible: «Es una forma de vida que hace prácticamente imposible la solidaridad. Cuando hay una forma de

vida en la que lo que da la felicidad es ir de compras, porque la gente ya no va a comprar esto o lo otro, sino de compras como un fin en sí mismo, que el de al lado tenga o no tenga, o se esté muriendo de hambre, es que ni se considera. El consumismo ha expulsado a la solidaridad».

Mientras esta mentalidad consumista domine el imaginario colectivo, me parece destinado al fracaso cualquier intento de conseguir ese otro mundo posible con el que tanta gente soñamos. Y para que el imaginario colectivo cambie su mentalidad es necesario presentarle algo mejor, un panorama más atractivo. Por eso es tan necesario insistir en la posibilidad de alternativas plenamente satisfactorias. Señalar orientaciones y animar a la gente: «Vamos, mira, se pueden tener otros objetivos en la vida, verás como te encuentras mucho más a gusto».

Segundo nivel, el buen vivir

El segundo nivel en la receta de la felicidad de Seligman es el de la *buena vida*. Ahora bien, sería un error si pensáramos que en la mente y el corazón humanos podemos poner compartimentos estancos. Los distintos niveles que nos acercan a la felicidad no son escalones claramente delimitados. Entre los placeres me he referido a satisfacciones como el placer de saber, la creatividad artística, la actividad física o la participación en la vida social, que nos proporcionan una vida más rica que la de los simples placeres consumistas. Nos acercan al nivel superior. El mismo Seligman en el primer nivel, el de los placeres, recomienda también «utilizar técnicas como la meditación para ser más conscientes de los placeres». La meditación nos introduce en un nivel de consciencia más propio de una vida interior más plena.

En este nivel Seligman se refiere expresamente a lo que Aristóteles llamaba *eudaimonía*, el término griego equivalente a lo que hoy llamamos *felicidad*. Suponía la plenitud del ser, la realización total de la persona. Se alcanza mediante el conocimiento de la verdad, la práctica del bien, la justicia y la prudencia.

Aquí ya no hablamos de modelo alternativo, porque no hay modelo capitalista para este nivel. El capitalismo reduce la aspiración a la felicidad al nivel más bajo, el de los placeres. No podemos negar que es posible encontrar capitalistas que son muy religiosos, tienen grandes inquietudes culturales o cultivan cualquier filosofía oriental. Intentan conciliar su dedicación principal, el estrecho mundo de los negocios, con otros horizontes más amplios. Sin embargo cuando llega el momento del conflicto, y es muy difícil que no llegue, queda clara cuál es su opción fundamental de vida y lo que son adornos con que se intenta ocultar, incluso a sí mismo, sus precarios objetivos vitales. Y si se trata de un capitalista puro y duro, a ése le importa un rábano la realización total de la persona. Precisamente él es el prototipo de hombre unidimensional, para el cual lo único importante es lo económico. La verdad, el bien, la justicia y la prudencia más bien le estorban. La felicidad que podamos alcanzar en estos niveles ya no está al alcance de los que adoran al dios dinero y optan por el modelo consumista de bienestar.

Pero el que hayamos dejado atrás el modelo capitalista de bienestar no es motivo para que renunciemos a seguir investigando con el mayor empeño en el camino hacia una felicidad más completa. En este camino no podemos olvidar esos aspectos que a lo largo de toda la historia del pensamiento humano se han considerado fundamentales. Que no son propios de una cultura o una época histórica, sino que se han desarrollado

con distintos matices en todo el planeta y en todos los tiempos. Estos elementos más o menos comunes no invalidan lo dicho anteriormente sobre la diversidad de caminos propuestos. Se trataría de una especie de sustrato básico, muy generalmente aceptado, sobre el que se trazan las diversas sendas.

Volvamos a los filósofos griegos, Sócrates, Platón, Aristóteles o Epicuro, que están en la raíces del pensamiento occidental. Todos ellos daban por supuesto que la persona debía tener suficientemente cubiertas sus necesidades fundamentales, pero a partir de ahí empezaba la verdadera tarea de construcción de la felicidad. No rechazaban los placeres, pero la felicidad era *otra cosa*. Algo que está en el interior del ser humano, que radica fundamentalmente en su parte espiritual. Que no es sólo un estado emocional, un placer puntual o un bienestar pasajero. Afecta a la totalidad de la persona.

¿En qué consiste esa *otra cosa*? Para Sócrates, no existe felicidad sin virtud; la virtud es la condición necesaria y suficiente para la felicidad. Rousseau, por su parte, dice: «Sé y siento que hacer el bien es la felicidad más auténtica de la que el corazón humano puede disfrutar». Savater, en su libro *El contenido de la felicidad*, afirma: «De Aristóteles a Spinoza, como también luego en Hegel y Schopenhauer, se ha pensado que la dicha más alta para el hombre consiste, a fin de cuentas, en la contemplación racional». De Epicuro, un filósofo que centra su reflexión en la búsqueda de la felicidad, recojo estas dos máximas: «Ningún insensato se contenta con lo que tiene, sino que más bien se atormenta por lo que no tiene». «De los bienes que la sabiduría ofrece para la felicidad de la vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad». Podríamos resumir diciendo: moderación en los deseos, buscar la verdad, practicar el bien y cultivar la amistad.

Si de los pensadores occidentales pasamos a las filosofías orientales, podemos encontrar elementos que, a pesar de la diferencia cultural, vienen a ser similares. Matthieu Ricard, francés, investigador en genética celular, que abrazó el budismo y vive desde hace treinta años en el Himalaya, nos dice: «En el budismo, el término *sukha* designa un estado de bienestar que nace de una mente excepcionalmente sana y serena».

No cabe duda de que poseer una mente excepcionalmente sana y serena debe proporcionar un estado de gran bienestar. El problema puede estar en que si aspiramos a conseguir una mente *excepcionalmente* sana y serena, a lo peor acabamos frustrados. Mejor nos conformamos con una mente *suficientemente sana y serena*, aunque sea dentro de lo corrientito. Mente lo suficientemente sana y serena para comprender que: «La felicidad es un estado de realización interior, no el cumplimiento de deseos ilimitados que apuntan hacia el exterior».

Se habla de bienestar y de felicidad, pero reconozco que la diferencia entre una cosa y otra no es fácil de expresar, y se pueden usar los términos sin precisar bien su significado. Matthieu Ricard lo expone de una forma muy sugerente: «La palabra ‘bienestar’ sería el equivalente más cercano al concepto de *sukha*, si no hubiera ido perdiendo fuerza hasta designar simplemente un confort exterior y un sentimiento de satisfacción bastante superficiales». Cuando *sukha* ilumina de dicha el instante presente y se perpetúa en el instante siguiente hasta formar un continuo, hablaríamos de *alegría de vivir*. El *otro bienestar* que pretendemos tendría que tener el significado fuerte de *bienestar*; el que lo identifica con la felicidad y la alegría de vivir.

Sumak Kawsay, el Buen Vivir

En su camino desde la Europa helénica a la India misteriosa Colón se tropezó con un inmenso continente, hasta entonces desconocido, poblado por millones de habitantes con culturas milenarias. Los conquistadores prefirieron despreciar estas culturas. Para justificar sus conquistas les venía mucho mejor hablar de pueblos salvajes a los que venían a traer la *civilización*. Sometidos durante siglos, muchos elementos de la cultura de estos pueblos se han mantenido a pesar de las influencias de todo tipo ejercidas por conquistadores, terratenientes y misioneros. Cuando en los muros de la civilización occidental se abren por todos lados profundas grietas, estos pueblos reclaman su identidad, y aportan valores de su cultura en radical oposición con el afán depredador de la civilización capitalista.

En abril de 2010, con una asistencia de más de veinte mil personas llegadas de 136 países, el presidente boliviano Evo Morales inauguró en el estadio de Tiquipaya, próximo a Cochabamba, la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre Cambio Climático y Derechos de la Madre Tierra.

En Cochabamba se reunieron desde movimientos sociales y colectivos hasta científicos, juristas, parlamentarios, representantes de algunos gobiernos y personas individuales para seguir reflexionando sobre las causas estructurales y las consecuencias de la crisis climática, con el ánimo de tomar decisiones y las medidas necesarias que permitan una relación armónica entre los seres humanos y la naturaleza.

Los pueblos indígenas tuvieron un papel primordial en la cumbre de Cochabamba. Su forma de enfrentar la crisis climática y retomar la armonía con la Madre Tierra se basa en su tradicional estilo de vida que de-

signan con la expresión de *Sumak Kawsay, Buen Vivir*. Seguramente no es casual, sino el resultado de tomar también como fundamento la naturaleza humana, que la idea de *Buen Vivir* de los indígenas americanos coincide con las líneas fundamentales de lo que pensaban hace veinticinco siglos en Grecia, en la cuna de la cultura occidental, los filósofos que más profundamente indagaron en esta naturaleza humana. Para unos y otros una *vida buena* es inseparable de una vida honrada, con una actitud de justicia y sensatez. Los indígenas americanos añaden a esto un elemento fundamental de su cultura, muy importante en nuestros días, el respeto a la Naturaleza, la Madre Tierra, la Pachamama como ellos la llaman. Los filósofos griegos consideraron la mistad y las relaciones sociales positivas como un elemento fundamental del bienestar. Para el *sumak kawsay, el buen convivir* es la base del *buen vivir*.

David Choquehuanca, canciller de Bolivia (un Estado que ha recogido la idea de *plurinacionalidad* y de *Buen Vivir* en su Constitución) escribe:

Un *Vivir Bien* que significa vivir en comunidad, en hermandad, y especialmente en complementariedad, es decir compartir y no competir, vivir en armonía entre las personas y como parte de la naturaleza... está reñido con el lujo, la opulencia y el derroche, está reñido con el consumismo. No es lo mismo que el *vivir mejor*, el vivir mejor que el otro, a costa del otro. No buscamos, no queremos que nadie viva mejor. Queremos que todos podamos vivir bien.

En nuestro mundo la constante aspiración a *vivir mejor* es reflejo de una soterrada insatisfacción. Insatisfacción que, como veíamos en la primera parte, está expresamente promovida por la maquinaria publicitaria del sistema. Puede ser, como apunta Choquehuan-

ca, que nuestro vivir mejor se refiera a vivir mejor que otros, entrar en la competencia por el estatus social rompiendo *el buen convivir*. O vivir mejor en términos de más confort, más consumo, disponer de más medios materiales, y entonces se entra en competencia con la naturaleza para extraer más recursos de un planeta cada día más esquilado.

El sentido de la vida

Entiendo que lo mejor que le puedo desear a una persona es que encuentre un sentido para su vida, un sentido que valga la pena. Si la vida humana no tiene sentido, ¿qué hacemos aquí? Nos hundimos en el absurdo, la depresión, la náusea de la vida. Por eso, implícita o explícitamente, todos buscamos un sentido para nuestra vida. Seligman pone el sentido de la vida como el nivel más alto en su receta para la felicidad.

El problema es que hay sentidos buenos y malos. Seligman habla de «un sentido superior al individuo». Un sentido que engrandezca a la persona, porque se pueden encontrar sentidos que valen menos que la persona humana y la empequeñecen. La riqueza, por ejemplo. La persecución de la riqueza es el sentido de la vida para muchas personas. Pero la riqueza tiene un valor inferior a la persona, y el que la toma como sentido de su vida, mutila su humanidad. Los valores más elevados, todo el universo relacionado con el amor y la sabiduría colapsa en el pequeño y mezquino egoísmo de cada uno y en la fría y miope racionalidad instrumental.

Para otros el sentido es el poder. No hablo de la autoridad moral que emana de los valores de una persona. Se trata del poder apoyado en unas instituciones que

pueden reprimir, o el fundado en los recursos económicos. Ponerse por encima de los demás aísla. El poderoso vive encerrado en su torre de marfil. Su comunicación con los demás es siempre de arriba abajo. No se puede dar una comunicación horizontal, la comunicación que enriquece, que integra en el grupo, que mantiene vivo el carácter social de los seres humanos. Llevando este afán de poder al extremo encontramos la aspiración al superhombre. La última experiencia histórica realizada para materializar el imperio del superhombre, el nazismo, ya vimos cómo acabó: en la deshumanización total y la demencia asesina.

No voy a volver sobre el tema de lo frustrante que resulta poner el sentido de la vida en el universo de los placeres, en el consumo indefinido. Sólo planteo una última pregunta sobre un término que tiene unas resonancias muy atractivas: la diversión. Cuando nos divertimos lo pasamos muy bien, ¿puede ser la búsqueda de la diversión un camino válido para la felicidad? ¿Le pueden proporcionar las diversiones sentido a la vida? Unos párrafos del teólogo José María Castillo pueden servir de respuesta:

La felicidad es *estable*, mientras que la diversión es *pasajera*. Porque la felicidad consiste, ante todo, en la experiencia que *da sentido a la vida*, en tanto que la diversión es, con frecuencia, *la escapatoria, la fuga que la gente se busca para huir de una vida sin sentido*. Cada fin de semana, cada fiesta, cada ‘puente’, la gente huye de donde vive, de donde está, de lo que hace o tiene que hacer, para fugarse, a veces como locos, en busca de la diversión que pasa pronto, que casi siempre deja insatisfecho, porque la vida real sigue en el sin-sentido de siempre.

Volviendo a Seligman, éste habla de «poner tus virtudes y talentos al servicio de una causa que sientas más grande que tú. De esta manera dotas de sentido a toda tu vida»; lo que pasa es que, si tienes una mentalidad capitalista (para lo cual no hace falta tener un montón de pasta, basta con que se comparta el ideal de vida de un auténtico capitalista económico, los objetivos que le mueven), es muy difícil encontrar una causa que sientas más grande que tú. En la mentalidad capitalista domina de tal manera el individualismo egoísta, que no admite nada más grande que uno mismo.

Con una mentalidad humanista, cada uno puede y debe valorarse altamente a sí mismo por lo que supone ser persona, pero es consciente de que no es un individuo aislado, que forma parte de una comunidad humana en la que ha adquirido su saber y conciencia de humanidad. De la que ha recibido todo lo que necesita para no quedar reducido a la condición de hombre-lobo, y a la que en justicia debe aportar lo que sus cualidades le permitan.

Entonces puede ver la causa de la comunidad humana como más grande que uno mismo. Tener una mirada solidaria para todos los seres humanos que le acompañan en la aventura de la vida. Sentir una profunda compasión ante sus sufrimientos y luchar por su bienestar como por el suyo propio.

En el momento actual esa lucha por la causa de la humanidad tiene que afrontar una tarea imponente. Estamos en un momento de crisis que podemos decir único en la historia. Eso de que no hay nada nuevo bajo el sol no es totalmente cierto; hoy aparecen factores totalmente nuevos. Empezando por los más negativos: las armas de destrucción masiva que pueden acabar con la vida humana en la Tierra. El uso de todas las armas acumuladas supondría la mayor extinción de vida

sufrida en el planeta. Otro factor es el agotamiento de los recursos, la acumulación de residuos y el cambio climático, que pueden producir unos cambios en las condiciones de vida de una profundidad y a una velocidad totalmente desconocidas para la especie humana. La globalización hace que cualquier acontecimiento en un punto de la Tierra pueda tener una repercusión planetaria. Una acampada en la Puerta del Sol de Madrid ha despertado y movilizado fuerzas extraordinarias en todo el mundo. Los riesgos y las posibilidades de hoy son totalmente inéditos en la historia.

Gramsci decía que las crisis eran momentos en que *lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer*. La gravedad de la crisis que tenemos encima nos hace ver la importancia de lo que no acaba de morir y lo que no acaba de nacer. Y vuelve más apasionante la tarea de la causa humana, esa tarea que da sentido a la vida y la hace más hondamente feliz. Acabar de una vez con el monstruo que algún tiempo pareció amable, pero ahora ha recuperado su imagen real. Y enterrarlo lo antes posible para que su podredumbre no haga inhabitable la Tierra.

Pero el mundo no puede quedar vacío. El monstruo no morirá si no nace la nueva criatura que lo sustituya. Una criatura que no caerá de los cielos, sino que tiene que nacer de la tierra, de la semilla sembrada y regada por tanta gente que ha luchado y muerto por un mundo de justicia y fraternidad. Los que ahora vivimos, jóvenes y viejos, tenemos que cultivarla hasta que el fruto esté maduro.

También quiero advertir que cuando hablo de *acabar de una vez con el monstruo*, no pretendo volver a la vieja idea de una revolución social y política que, a través de un vuelco en el poder del Estado, establezca los cimientos de una nueva sociedad. Los zapatistas ha-

blan de «la revolución que haga posible la revolución». La revolución de las conciencias, del imaginario colectivo, el cambio profundo de mentalidad, de valores, de las motivaciones y anhelos que mueven a los seres humanos. Entonces sí podremos realizar una verdadera revolución, sin vuelta atrás. El cambio humano que se plasme en unas nuevas estructuras económicas, políticas y sociales. El Otro Mundo Posible al que aspiramos.

Un sentido último

El psicólogo norteamericano Jonathan Haidt, en un libro dedicado a reflexionar sobre la felicidad, escribe: «Como la planta necesita sol, agua y buena tierra para prosperar, las personas necesitan amor, trabajo y una conexión con algo más grande que ellas mismas». La conexión con algo más grande que nosotros mismos hemos visto que se podía lograr abrazando la causa de la humanidad, la lucha por un mundo en que todo esté al servicio de una humanidad reconciliada, pacífica y solidaria.

Pero también puede buscarse esta conexión en otro campo, el de las creencias religiosas. Es un hecho la existencia de numerosas personas que sienten unas inquietudes de tipo espiritual. Se interrogan por una trascendencia y aceptan una serie de postulados de tipo religioso, entendido esto en un sentido amplio: puede ser una iglesia cristiana, una espiritualidad oriental, o las más variadas sectas. El caso es que una persona puede encontrar en una fe religiosa el sentido último para la vida y para el mundo, con una esperanza de supervivencia y plenitud. Si vive esa fe de una manera seria y consecuente, posee en ella un elemento básico de su bienestar y felicidad. Diversos estudios afirman

incluso que las personas religiosas son más felices, en promedio, que las que no lo son.

El problema es la ambigüedad que se da en el campo religioso. Aquí se sitúan grupos y corrientes tan dispares como la teología de la liberación, el evangelio de la riqueza de los *neoon* americanos, los ultraortodoxos israelíes y los talibanes. Pero también hay quien encuentra algún elemento común, además de la creencia en un ser superior. Hace algún tiempo, en Japón, una sociedad más abierta al pluralismo religioso, se celebró un encuentro entre representantes de diversas religiones. Un monje, no recuerdo de qué religión oriental, puso de relieve un elemento que las unía a todas: «En una cosa coincidimos todas las religiones, en lo infieles que todos hemos sido a nuestros propios principios fundacionales».

Efectivamente, en el origen de las principales religiones podemos encontrar no sólo la creencia en una realidad por encima de este mundo material, una realidad distinta, ‘sobrenatural’; encontramos también, expresado de una manera u otra, un ideal de fraternidad, de solidaridad, de compasión con el débil.

Sin embargo hemos visto cómo se han desarrollado las religiones a lo largo de los siglos. En el seno de una religión se pueden desarrollar la intolerancia, las alucinaciones y los fanatismos más destructivos. La religión puede ser puesta al servicio de los intereses más inconfesables. Utilizada por un clero soberbio y rapaz. Manipulada por faraones, reyes y tiranos. Ha sido fuente de guerras feroces y de opresiones. Y ha creado personalidades neuróticas, comidas por sentimientos de culpa, remordimientos y angustias religiosas.

En España la religión católica ha sido la dominante durante muchos siglos. Y lo malo no es que haya sido la dominante por ser la ampliamente mayoritaria en el

pueblo español, sino porque la jerarquía eclesiástica ha formado un grupo dominante, en estrecha alianza con los otros estamentos que ostentaban el poder en la sociedad. Una jerarquía que, ante las grandes preguntas por el sentido de la vida: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy?, ha empujado a buscar la respuesta de espaldas a la realidad social dentro de la que los seres humanos nos preguntamos, olvidando las estructuras injustas y opresoras en que los pueblos se debatían. Entonces la respuesta ha tenido mucho de alienación, de escapatoria ante una realidad muchas veces cruel y dolorosa. Ha dado pie a la conocida frase de Marx: «La religión es el opio del pueblo».

Si las religiones volvieran a sus orígenes. Si, en nuestro caso, el cristianismo tomara en serio los principios evangélicos: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer...», entonces el sentido de la vida que se encuentra abrazando la causa de la humanidad y el sentido de la vida que se busca en una mano firme que surge del misterio infinito, esos dos sentidos no irían por caminos separados y muchas veces opuestos, sino que confluirían en un sentido pleno y absolutamente satisfactorio para la vida humana.

Y NECESARIO

¿En qué estamos fallando?

Jorge Riechmann ha coordinado un libro con el título *¿En qué estamos fallando?* En él se pregunta por qué el discurso ecologista, a pesar de todos los contundentes argumentos que presenta, es incapaz de producir un cambio significativo en el comportamiento de la sociedad. Creo que esa pregunta, ¿en qué estamos fallando?, nos la tendríamos que hacer toda la izquierda.

Si un marciano se asomara a nuestro planeta y viera lo ocurrido en él en estos últimos años, sin duda diría que el capitalismo nos lo ha puesto 'a huevo' a la izquierda. No podíamos imaginar unas circunstancias en que apareciera más clara la incapacidad del sistema capitalista para dirigir la economía mundial con un mínimo de sensatez. Ni que apareciera más claro el insaciable carácter depredador de los señores del capital, a los que los políticos actuales son totalmente incapaces de ponerles coto (en los pocos casos en que no son claramente cómplices del poder económico).

Dadas esas circunstancias parecería lo lógico que en este momento el capitalismo estuviera librando una lucha agónica para sobrevivir al cataclismo de su crisis. Pero evidentemente no es ésta la situación. Más bien es la izquierda la que bracea desesperadamente para sal-

varse del *tsunami* causado por la crisis del capitalismo. En algo tiene que estar fallando para quedar totalmente desmantelada, cuando todo parecía que estaba a su favor.

Si la pregunta la lanzamos entre los grupos de izquierda, seguro que escuchamos multitud de respuestas con un denominador común: *los otros grupos están fallando porque... le hacen el juego a la derecha... son unos radicales... son unos pequeñoburgueses... son unos sectarios... son unos burócratas... son unos irresponsables... son unos reformistas... son unos dogmáticos... son unos chorizos etc. etc. etc.*

Pero la realidad es que ni unos ni otros, ni radicales ni reformistas, ni partidos ni movimientos sociales, nos comemos una rosca. Y cuando las circunstancias nos ofrecen una rosquilla, como un 7% en unas elecciones, nos sabe a gloria y nos quedamos tan contentos. Pero así el mundo no cambia. Por lo tanto tendremos que pensar, o bien que la humanidad es idiota, y en ese caso, «comamos y bebamos que mañana moriremos», o hay algo que no lo estamos haciendo nada bien. Como la confianza en los seres humanos es un presupuesto básico de la izquierda, tendremos que admitir que nuestras propuestas fallan por algún sitio, y que el fallo afecta a todas las corrientes de izquierda. El fallo debe, pues, estar situado en un terreno muy básico, muy de fondo.

Por lo que yo veo todos los intentos de repensar, recomponer o refundar la izquierda se quedan bastante lejos de ese terreno básico, de esas raíces del pensamiento de la izquierda. Bueno, mucha gente sí ha cuestionado con profundidad los principios de la izquierda, pero ha sido para virar a la derecha. Tanto que hoy se han convertido en una derecha moderada (y eso mientras *los mercados* no ordenen mandar la moderación a hacer puñetas y quedarse en derecha pura y dura).

Me refiero a la izquierda que sigue considerando el capitalismo inaceptable y busca su superación. Dentro de esta izquierda es donde sería necesario plantear un debate en profundidad. Creo que es totalmente insuficiente limitarse a resaltar, una y otra vez, las indudables barbaridades del capitalismo. Tenemos que ir a una autocrítica muy seria. Indagar cuáles son nuestras propias deficiencias. Naturalmente no es éste el lugar de emprender un amplio debate sobre estas cuestiones. Me limitaré a algo que está relacionado con nuestro tema

La izquierda ha asumido el ideal de vida de la burguesía, el *modelo de bienestar* capitalista. Durante largos años izquierda y derecha han competido arduamente para ver quién era capaz de ofrecer a todo el mundo un mayor nivel de vida, o sea, más consumo. La izquierda ponía más el acento en lo de ofrecerlo ‘a todos’, mientras que la derecha se inclinaba por premiar a los más emprendedores, más competitivos, los que trabajaran más duramente. Pero el premio era el mismo en un caso y otro. Los que ya peinamos canas (si nos quedan) recordamos los esplendorosos pelotazos de los tiempos de Felipe González, cuando la España socialista era, según palabras del ministro de economía, uno de los países del mundo donde más rápidamente podía uno hacerse rico. Que yo recuerde sólo Julio Anguita se atrevió a hablar de una necesaria austeridad, y ya vemos el poco entusiasmo que despertó su discurso, empezando por sus propios correligionarios. No pudo oponerse a la fiebre desarrollista que estaba en su clímax.

Unos y otros apelaban a la *inevitable y sana* aspiración humana a progresar. Progreso es una palabra que tiene muy buena prensa. Se asocia a modernidad, dinamismo, avance... y más consumo. Naturalmente este progreso exige el correspondiente aumento de la producción y los servicios, es decir, crecimiento eco-

nómico. De tal manera que crecimiento económico y aumento del consumo han llegado a estar férreamente asociados en el subconsciente de la sociedad. Pero al impulsar un indefinido crecimiento tropezamos con los inevitables e inocultables límites de los recursos materiales de nuestro planeta, y el inevitable deterioro ecológico que un crecimiento desbocado provoca.

Ignorar estos condicionantes resultaba demasiado escandaloso. En los momentos de bonanza bastante gente se preocupa por eso del medio ambiente (siempre que eso no ponga en cuestión su estilo de vida, claro). Y eran muchas y sonoras las voces que advertían del peligro de crisis medioambiental en que nos estábamos metiendo. La solución ideal dentro del sistema capitalista hubiera sido convertir el cuidado del medio ambiente en un negocio más. Pero eso es más fácil de decir que de hacer. ¿Quién pagaría el cuidado del medio ambiente?

Así es que decidieron recurrir a una solución virtual. Al desarrollo se le pone el calificativo de *sostenible*. Sesudos personajes lo repiten con la mayor seriedad y convicción: *No os preocupéis lo mas mínimo, nosotros lo que pretendemos es un desarrollo sostenible, ¡faltaría más!* Las grandes empresas pintan de verde su publicidad, y ya tenemos *sólidos argumentos* para olvidarnos de los negros presagios de esos profetas de calamidades que son los ecologistas. Ya se puede seguir con una bestial minería a cielo abierto en África o en América Latina. Esos minerales se van a emplear para un *desarrollo sostenible*.

La izquierda ha sido algo más sensible a las razones ecológicas. Por ejemplo, en el caso del trasvase del Ebro, donde los argumentos en contra eran clamorosos. En cambio a los políticos de derechas se les ve el pelo de la dehesa en cuanto se descuidan. Una muestra la tenemos en los argumentos de Rajoy para negar el

cambio climático, que eran de chiste. Pero como es necesario rendir pleitesía al sagrado crecimiento, porque sin él se va a hacer gárgaras el progreso del consumo, y eso puede repercutir en los votos, pues la izquierda se ha tragado sus escrúpulos ecológicos y ha compartido la fiebre cementera y la ladrillosis que ha aquejado a la economía española en los años anteriores a la crisis.

Tampoco se han tenido en cuenta las consecuencias sociales de este tipo de bienestar. La brecha entre países enriquecidos y países empobrecidos ha crecido de una manera pavorosa. Y no vale apelar a una incapacidad congénita de los pueblos más pobres para desarrollarse económicamente. En un mundo globalizado, donde se impone una competencia implacable, las economías más débiles están totalmente a merced de las más fuertes. Éstas han impuesto las reglas de juego que más favorecían sus intereses. Esto les ha permitido extraer más y más recursos de los países más débiles para mantener su creciente nivel de consumo, al mismo tiempo que se empleaban los países del Tercer Mundo como basurero para depositar en ellos los residuos más peligrosos y molestos generados en las opulentas sociedades del norte.

Lo mismo que en el caso de los problemas medioambientales, también es necesario falsificar la realidad. Como no resulta políticamente correcto hablar de explotación del tercer mundo, lo mismo que se habla de *desarrollo sostenible*, los dirigentes occidentales no se cansan de hacer pomposas declaraciones sobre la *ayuda al desarrollo* de los países pobres. Pero la realidad es totalmente otra. Son los países empobrecidos los que han colaborado a mantener boyantes las economías de los países ricos. Si actualmente las economías de estos países no están nada boyantes no es por culpa de los países tercermundistas. Es la insensata ambición del poder económico y la cómplice estupidez de los líderes políti-

cos lo que ha llevado a la situación actual. Precisamente lo que intentan para seguir con su febril acumulación de riqueza es reducir a las clases trabajadoras de las naciones europeas a un nivel lo más parecido posible al de los trabajadores chinos. Lo harán poco a poco. Primero Grecia, Portugal, luego España, Italia... Dejarán que los trabajadores franceses y alemanes se consideren fuera de peligro, que piensen que esto no va con ellos, que no son como esos indolentes trabajadores del sur. El caso es evitar el riesgo de que se unan los pueblos de toda Europa. Y ya les llegará su turno a los alemanes.

Es verdad que las izquierdas europeas se han mostrado algo más sensibles a la dramática situación de muchas regiones de nuestro planeta. Han realizado algunos gestos de solidaridad con las grandes víctimas del sistema capitalista, pero siempre que eso no repercutiera desfavorablemente en la oferta de buena vida burguesa que presentaban a sus propios conciudadanos en competencia con las ofertas de la derecha. Y cuando llegaba el momento de negociar un acuerdo comercial con países del Tercer Mundo, izquierda y derecha se unían estrechamente en defensa de los sagrados intereses nacionales. El caso es que podamos seguir ofreciendo a los que nos tienen que votar un alto nivel de consumo.

La sociedad de consumo ha sido el caballo de Troya con el que la cultura, la mentalidad y la moral del capitalismo se han introducido en el imaginario colectivo de nuestra sociedad. La izquierda ha caído en la trampa. Se ha dejado deslumbrar por esa imagen de felicidad que ofrecía el bienestar burgués. Ha querido entrar a competir con la derecha en su propio terreno. No se dio cuenta de que ese bienestar es el propio del hombre unidimensional, típico del capitalismo. Un hombre con unos valores incompatibles con el ideal de justicia, de igualdad y fraternidad al que aspira la izquierda.

En un mundo en el que el consumo es la máxima aspiración, vivimos sumergidos en una atmósfera de publicidad. No sólo la estrictamente comercial, sino todo el mundo del espectáculo, de la diversión, del brillo y el glamour. Como veíamos en la primera parte la publicidad comercial no sólo vende una marca, vende sobre todo un estilo de vida. Desde las revistas del corazón a los culebrones latinoamericanos, pasando por la moda, los cruceros de lujo, el golf y la fórmula 1, todo transmite una mentalidad, unos valores, una filosofía de la vida incompatibles con la aspiración a un mundo solidario y sensato, en el que se considere que los seres humanos son mucho más que máquinas de producir y consumir. Ese mundo que ha sido siempre la gran meta de la izquierda.

Si, como escribe Díaz Salazar, «Tanto la derrota como la victoria socialista se construye en el terreno prepolítico de la cultura ciudadana, es decir, en los ámbitos donde se configuran los deseos y objetivos vitales de las personas» no nos puede extrañar la actual derrota de las fuerzas socialistas en toda Europa. En el terreno prepolítico la derecha ha impuesto su cultura, porque la izquierda no ha sido capaz de imaginar una alternativa que pudiera hacerle frente. Ante el espanto creado por la imagen del socialismo realmente existente en los países de la órbita soviética, la socialdemocracia ha corrido a identificarse cada vez más con la imagen de un capitalismo amable y generoso.

Esa imagen era precisamente la que le convenía cultivar a la derecha. Raffaele Simone, en su libro *El monstruo amable*, escribe: «a flor del agua de la historia se ha visto emerger el mascarón sonriente de la Neoderecha, que promete bienestar y felicidad a todo el mundo, aunque en realidad tiene unos intereses y unas miras totalmente distintos». Wallerstein, en su libro *El*

futuro de la civilización capitalista, resume muy bien la situación: «La civilización capitalista... ha seducido incluso a sus víctimas y oponentes».

Cuando el Monstruo deja de ser amable, y el capitalismo, en vez de seducir, tritura a sus víctimas, éstas, sorprendidas, atónitas, desarmadas ideológicamente, humanamente reblandecidas, se muestran totalmente incapaces de reaccionar.

En el prólogo del libro de Simone, Joaquín Estefanía se pregunta: «¿Cabe suponer que esa forma (de izquierdas) es irrealizable porque la mayoría de la humanidad, incluidos los oprimidos y los débiles (que ya no aspiran a la revolución sino a convertirse en consumidores), le es adversa?» Pues yo diría que efectivamente, mientras la mayoría de la humanidad, incluidos los oprimidos y los débiles, aspiren a convertirse en consumidores, tenemos muy pocas posibilidades, o mejor, ninguna, de implantar unas estructuras de izquierdas, un sistema en que las personas estén por encima del capital.

Cuando lo que se pretende es consumir a más y mejor, nos metemos en el mundo de la escasez, de la competencia, del individualismo egoísta. El mundo de la derecha capitalista. Ese mundo que José Agustín Goytisolo retrata poéticamente con este estupendo poema:

Me lo decía mi abuelito,
me lo decía mi papá,
me lo dijeron muchas veces
y lo olvidaba muchas más.

Trabaja niño no te pienses
que sin dinero vivirás.
Junta el esfuerzo y el ahorro
ábrete paso, ya verás,
cómo la vida te depara
buenos momentos. Te alzarás

sobre los pobres y mezquinos
que no han sabido descollar.

Me lo decía mi abuelito
me lo decía mi papá
me lo dijeron muchas veces
y lo olvidaba muchas más.

La vida es lucha despiadada
nadie te ayuda, así, no más,
y si tú solo no adelantas,
te irán dejando, atrás, atrás.
¡Anda muchacho y dale duro!
La tierra toda, el sol y el mar,
son para aquellos que han sabido
sentarse sobre los demás.

Me lo decía mi abuelito
me lo decía mi papá
me lo dijeron muchas veces
y lo he olvidado siempre más.

Paco Ibáñez lo canta de una forma estremecedora. Pues efectivamente, si un ansia insaciable nos va empujando a desear la tierra toda, el sol y el mar, la vida se convierte en lucha despiadada. Los débiles son machacados sin compasión, y los mismos privilegiados llegan a verse obligados a encerrarse en sus barrios residenciales, rodeados de muros y guardas armados, para intentar ponerse a salvo de esa lucha despiadada. ¿Conseguiremos olvidarlo, olvidar lo que nos dicen el papá neoliberalismo y el abuelito capital?

Si la izquierda no consigue salir de la trampa que supone el ideal de vida burgués, entonces si que podemos todos suscribir el artículo de J.M. de Prada al que me refería en la presentación, «Atrapados sin salida». Pero una vez más hay que decir que la salida es posible, que otro bienestar, otro ideal de vida, otros objetivos, otros proyectos vitales son posibles.

Nuevo keynesianismo

Para hacer frente a la crisis económica se ha hablado de 'nuevo keynesianismo', pero rápidamente nos hemos podido dar cuenta de que se trataba de una vuelta al más clásico y tradicional 'viejo keynesianismo'. Vuelta a las fórmulas que propiciaron la salida a la crisis del 29 y los años de prosperidad de los países europeos después de la posguerra. Pero eso me parece un camino con poco porvenir. La realidad nos muestra que ese keynesianismo está totalmente agotado, incapaz de enfrentarse al huracán neoliberal desatado en los años 70 del siglo pasado.

Al hablar de 'nuevo keynesianismo' pienso en la conferencia que Keynes pronunció en Madrid en 1930, «Perspectivas económicas para nuestros nietos». En ella afirmó que en un próximo futuro: «El hombre debería enfrentarse a su verdadero y permanente problema: cómo emplear su liberación de las preocupaciones económicas inmediatas, cómo emplear el tiempo libre ganado gracias a la ciencia y al interés compuesto, para vivir bien, de forma agradable y con sensatez».

Por aquí andamos ahora los nietos y biznietos de esa generación, y la primera impresión es que se equivocó de medio a medio. No estamos liberados, sino agobiados por preocupaciones económicas inmediatas; no podemos gozar de tiempo libre, sino sufrir unos trabajos precarios. Cuando estamos temblando por el temor al paro y el cataclismo económico amenazante, a ver cómo el señor Keynes se las arregla para «vivir bien, de forma agradable y con sensatez».

Sin embargo no hay ninguna razón objetiva para que la predicción no se haya cumplido. La economía real no tiene ningún problema inmediato que no se pueda resolver con relativa facilidad. Su capacidad produc-

tiva actual es enorme y permite suministrar holgadamente todo lo que la humanidad necesita para cubrir de una forma razonable todas sus necesidades. Está claro que la crisis es puramente financiera. Se ha originado exclusivamente en el *casino financiero* por los trapechos de los dueños del casino. El problema es que por decisiones políticas se permite que el *casino financiero* controle la economía real y se alimente de ella.

Keynes no se equivocó al prever la capacidad productiva que llegaría tener la economía moderna y las posibilidades que eso abría a la humanidad: «a la vuelta de poquísimos años podremos estar en condiciones de llevar a cabo todas las operaciones de los sectores agrícola, minero y fabril con la cuarta parte de la energía humana que acostumbrábamos a reservarles [...] Tres horas de trabajo diarias son más que suficientes para satisfacer al viejo Adán que llevamos dentro». Eso hoy sería perfectamente factible, y entonces sí que habría posibilidades de «vivir bien, de forma agradable y con sensatez».

El gran fallo de Keynes fue dar por buenos, al menos por algún tiempo, los principios que rigen la economía capitalista. Afirma: «Entonces valoraremos otra vez más los fines que los medios y preferiremos lo bueno a lo útil... Pero cuidado: la hora para todo esto no ha llegado todavía. Por lo menos durante otros 100 años debemos simular ante nosotros mismos y ante cada uno, que lo bello es sucio y que lo sucio es bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es. *La avaricia, la usura y la desconfianza deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo todavía.* Porque sólo ellas pueden guiarnos fuera del túnel de la necesidad económica a la claridad del día». Después ya vendrá tiempo para el «retorno a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y la virtud tradicional: que la avaricia

es un vicio, que la exacción de la usura es un crimen y el amor al dinero es detestable».

Piensa que el fin justifica los medios. Que debemos aceptar la avaricia la usura y la desconfianza porque ellas nos proporcionarán riqueza abundante para todos. Y riqueza sí han proporcionado, pero han hundido a la humanidad en un pantano de miseria moral y humana del que es enormemente difícil salir. Y la riqueza se la ha quedado ese 1% más podrido de la humanidad. De todas maneras creo que estos pensamientos de Keynes pueden aportarnos aspectos muy útiles para la situación de crisis total que atravesamos.

En primer lugar deja claro el fondo de la ideología capitalista, lo que se esconde tras la aséptica fachada de los mercados. Una persona tan poco sospechosa de radicalismo izquierdista como Lord Keynes deja bien claro lo que hay tras ellos, los dioses a los que se adora: suciedad, avaricia, usura, desconfianza, amor al dinero. La superación del capitalismo exige, pues, una regeneración moral. La suciedad, la desconfianza y la avaricia no van a desaparecer por el hecho de que crezca la riqueza.

En segundo lugar nos invita a enfrentarnos con nuestro verdadero y permanente problema: cómo vivir bien, de forma agradable y con sensatez. Keynes piensa que eso podremos hacerlo cuando la riqueza generada nos permita liberarnos de las preocupaciones económicas y nos conceda tiempo libre. Pero en eso vuelve a equivocarse. Tenemos riqueza, pero no estamos libres de preocupaciones ni vivimos sensatamente. Tendríamos que proceder al revés: buscar una forma de vivir agradablemente y con sensatez es lo que nos permitiría liberarnos de las preocupaciones económicas y disfrutar de abundante tiempo para vivir con libertad. Lo que estamos llamando: otro modelo de bienestar. Bienestar que haga la vida agradable, y sensatez que evite las frustraciones

sicológicas, el suicidio ecológico y el crimen social que lleva aparejados el modelo capitalista de bienestar.

Puesta en marcha

Entre todos los que lo procuramos de una manera u otra, ¿lograremos construir ese otro mundo que tantas veces proclamamos posible? Lo que expongo es la necesidad de pasar por un cambio de mentalidad en cuanto a nuestra idea de *buena vida*, a nuestro camino hacia la añorada felicidad.

El primer paso sería intentar cambiar nosotros mismos, que nuestras aspiraciones en la vida no se centren en alcanzar la mejor posición económica posible y en las satisfacciones que el consumo de objetos o de sensaciones puede proporcionarnos. Que nuestro personal modelo de bienestar sea un bienestar alternativo, con las formas que a cada uno más le convenzan.

Para que un modelo de bienestar lo podamos considerar válido, lo primero es que realmente proporcione una vida más satisfactoria y placentera a los que lo abrazan. Si no es así, mal propagandista va a ser nadie de un bienestar alternativo. Además, buena falta nos hace en la izquierda una cierta dosis de satisfacción, de ilusión y esperanza. Desde Mayo del 68 vivimos un retroceso paulatino y cada vez más acelerado de las posturas de izquierda en el mundo. Surgieron algunos chispazos de esperanza: el levantamiento zapatista, los gobiernos de progresistas de América Latina, la ambigua primavera árabe... poco cosa frente al descalabro sufrido por la izquierda en Europa. ¡Cuántas veces lo cantó la voz vigorosa de Labordeta!: aupamos la bandera «convencidos que al terminar la batalla, ésta íbamos a ganar». Pero una y otra vez tuvimos que poner sobre la mesa

«todas las banderas rotas, las que nos rompió la vida, la lluvia y la ventolera de nuestra dura derrota»

Las derrotas, sobre todo cuando son inesperadas, pueden dejar aturdido, desorientado. Las derrotas repetidas, y la izquierda llevamos una buena serie de ellas, pueden crear frustración, dejar un poso de amargura y crispación. Este estado de ánimo no es el mejor para una reflexión serena, ni para proponer un horizonte capaz de atraer e ilusionar. En esta situación es importante un primer paso que nos permita sentirnos a gusto a nosotros mismos y que nos muestre un camino nuevo e ilusionante. Es necesario ver el recorrido de los últimos años en una perspectiva histórica, dentro del oscilante avance de la humanidad. Y si lo hacemos con un cierto sentido del humor, mucho mejor.

Me acuerdo del chiste en que dos amigos discuten sobre el mejor medio de combatir la gripe. «Pues yo, dice uno, creo que lo mejor es el coñac. —Pero si el coñac no cura la gripe. —Ya lo sé, pero a la segunda copa empiezo a encontrarla simpática». Si pensamos que para el cambio de la sociedad es importante que seamos capaces de disfrutar un auténtico y humano bienestar, puede que no consigamos cambiarla, pero por lo menos lo pasaremos bien intentándolo. Y, por fin, siempre nos quedará suficiente dosis de humor para considerar que realmente no hemos fracasado. Si no hemos conseguido cambiar el mundo, tampoco él nos ha cambiado a nosotros. Terminamos empatados. Y dado el calibre del rival es un resultado muy digno. No está mal.

Si logramos consolidarnos en un modelo de bienestar no economicista, empezaremos a notar que nos falta tiempo para realizar todas las actividades que nos gustan, y que nos sobra el dinero que antes gastábamos en un consumo artificial. La disminución del horario de trabajo entrará en nuestros principales objetivos, y no

se nos ocurrirá participar en las competiciones para ascender en la escala económica o social. Veremos como lo más lógico el reparto del trabajo y de los ingresos, aunque a nosotros económicamente no nos beneficie.

Es muy importante buscar personas que sintonicen con esa manera de pensar y quieran orientar su vida de la misma manera. El ambiente general es totalmente adverso, necesitamos contrarrestarlo con un entorno distinto. Formar parte de un grupo social en el que no seamos bichos raros, sino que sea un grupo humano acogedor, donde podamos compartir nuestro estilo de vida, ayudarnos mutuamente y disfrutar de una sincera amistad. Y a partir de aquí realizar una actividad social que permita irradiar nuestra radical alternativa a la forma de vida que el capitalismo nos inculca.

¿Lo conseguiremos?

Ante la posibilidad de superar la barbarie y la deshumanización del capitalismo, podemos encontrar tres respuestas muy distintas:

Conocemos muy bien la respuesta hoy más extendida, la típica del Pensamiento Único: no hay alternativa. Es la terca respuesta pesimista: «¡Imposible! El hombre es radicalmente egoísta y ambicioso, nunca dejará de moverse por los móviles materiales que hoy le impulsan. Lo único que se puede hacer es regular la lucha de todos contra todos para sacar de ella los mayores beneficios posibles. Hay que dejar la sociedad como está, porque es la única forma de organización natural de la especie humana».

Aunque hoy esté muy en baja, todavía en la militancia marxista más radical podemos encontrar una respuesta diametralmente opuesta: «¡Indudable! La humanidad no detiene su evolución. La Historia tiene una

dinámica imparabile, llegaremos a una sociedad justa y humana en que no haya miseria ni opresión». Un optimismo que, de momento, los hechos no confirman.

Queda por fin una tercera respuesta. Esa respuesta es: «No sabemos». Paradójicamente es la más optimista de todas. Ese 'no saber', esa incertidumbre del futuro, entraña la visión más radicalmente optimista del género humano. No sabemos porque *creemos en la libertad del hombre* y, por tanto, no podemos asegurar el camino que va a elegir. Optimismo porque consideramos a los seres humanos por encima de todos los determinismos. Porque creemos en una comunidad de personas capaces de elegir, acertada o equivocadamente, su camino en la Historia. Porque nos vemos gozando de una facultad única e inexplicable: la libertad; algo que a los antiguos redactores de la Biblia les llevó a escribir: «A imagen y semejanza de Dios». Optimismo que nos exige rechazar para la humanidad la imagen de una jauría de perros que van a estar eternamente disputándose un hueso, pero también la imagen de una máquina maravillosa que, después de un período de ajuste, va a funcionar siempre perfectamente.

El precio de nuestra elevada visión del género humano es que esa libertad elimina todas las certezas de un futuro feliz para la humanidad. No sabemos. Sin embargo nuestra incertidumbre tampoco está sola en un inquietante vacío. La acompaña una esperanza. Como canta Labordeta: «Una esperanza segura de que todo va adelante», porque en el fondo de la persona hay una aspiración a la justicia, una semilla de solidaridad, y también un sentido común que la empujarán a optar por una sociedad humana más equilibrada, sensata y benévola que la actual.

Y, como dijo no sé quien, *luchar y empezar a ser felices...*

BIBLIOGRAFÍA

- Bocock, Robert: *El consumo*, Talasa, Madrid, 1995.
- Bruckner, Pascal: *La euforia perpetua. Sobre el deber de ser feliz*, Tusquets Editores, Barcelona, 2001, 233 págs.
- Cortina, Adela: *Por una ética del consumo*, Taurus, Madrid, 2002, 349 págs.
- Díaz Salazar, Rafael: *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*, HOAC, Madrid, 2001, 318 págs.
- Felipe, León: *Nueva antología rota*, Visor, Madrid, 1993.
- Fraguas, Rafael: *Madrid. Los placeres gratuitos*, Acento, Madrid, 2000.
- Fromm, Erich: *¿Tener o ser?*, F.C.E. México, 1978.
- García Camarero, Julio: *El decrecimiento feliz y el desarrollo humano*, La Catarata, Madrid, 2010, 204 págs.
- Haidt, Jonathan: *La hipótesis de la felicidad. La búsqueda de las verdades modernas en la sabiduría antigua*, Gedisa, Barcelona, 2006, 337 págs.
- Huxley, Aldous: *Un mundo feliz*.
- Joan Torres i Prat: *Consumo, luego existo*, Icaria, Marx Madera, Barcelona, 2005.
- López Aranguren, José Luis: *Ética de la felicidad y otros lenguajes*, Tecnos, Madrid, 1988.

- Marcuse, Herbert: *El hombre unidimensional*, Ariel, Barcelona, 1984.
- Max Weber: *La ética protestante y el 'espíritu' del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.
- Meadows, Donella, Randers, Jorgen, Meadows, Dennis: *Los límites del crecimiento 30 años después*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2006.
- Naredo, José Manuel: *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI editores, 2ª edición, Madrid, 1996.
- Naredo, José Manuel: *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
- Ricard, Matthieu: *En defensa de la felicidad*, Urano, Barcelona, 2003, 347 págs.
- Riechmann, Jorge (coord.): *¿En qué estamos fallando?*, Icaria-Antrazyt, Barcelona, 2008.
- Rifkin, Jeremy: *El fin del trabajo*, Paidós, Barcelona, 1996.
- Russell, Bertrand: *Elogio de la ociosidad*, Edhasa, Barcelona, 1986.
- Simone, Raffaele: *El monstruo amable. ¿El mundo se vuelve de derechas?*, Taurus, Madrid, 2011, 193 págs.
- Wallerstein, Immanuel: *El futuro de la civilización capitalista*, Icaria, Barcelona, 1999, 131 págs.
- Wilkinson, Richard y Kate Picket: *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, Turner, Madrid, 2009, 315 págs.

TÍTULOS APARECIDOS

• SERIE ROJA

1. *Diez palabras clave para educar en valores*
Carlos Díaz (40.^a edición)
2. *Como levadura en la masa*
Luis E. Hernández (5.^a edición)
3. *Memoria para la esperanza*
Miguel Fernández Blanco (4.^a edición)
4. *Hacia el desarrollo sostenible*
Federico Velázquez de Castro González (3.^a edición)
5. *Diez términos sociológicos clave para el tercer milenio*
José Taberner (3.^a edición)
6. *La Solidaridad de Dios ante el sufrimiento humano*
Mario Vázquez Carballo (2.^a edición)
7. *Hijos del Viento, la Luz y el Espíritu*
Raúl Berzosa Martínez (2.^a edición)
8. *Las nuevas tecnologías y los valores humanos*
Alfonso Gago Bohórquez (5.^a edición)
9. *Posees lo ajeno cuando posees lo superfluo*
Juan Biosca González e Irene Mora Pérez (3.^a edición)
10. *Vivir es comprometerse*
Luis A. Aranguren Gonzalo (5.^a edición)
11. *Más allá de la guerra*
Gerardo López Laguna (2.^a edición)
12. *África en la encrucijada. Caminos de solidaridad*
Juan Manuel Pérez Charlín (2.^a edición)
13. *Diez virtudes para vivir con humanidad*
Carlos Díaz (18.^a edición)
14. *Para ser persona*
Xosé Manuel Domínguez Prieto (9.^a edición)
15. *Hacia una pedagogía del personalismo comunitario*
Enrique Belenguer Calpe
16. *La familia y sus retos*
Xosé Manuel Domínguez Prieto (5.^a edición)
17. *La agrupación solidaria*
Julián Abad Marigil
18. *Ética del docente*
Xosé Manuel Domínguez Prieto (6.^a edición)
19. *En torno a la enfermedad*
Esperanza Díaz
20. *Cartografía de herrumbres (Aforismos)*
Jaime Septién
21. *La Escuela de la Aventura*
Guillermo García Domínguez
22. *Diez palabras clave para leer el Credo* (2.^a edición)
Carlos Díaz

23. *Negocios contra cultura (Ensayos de urgencia)*
Jaime Septién
24. *El trabajo humano*
Antonio Calvo
25. *No perder el tú en el camino*
Carlos Díaz
26. *Ideas, creencias y valores en educación*
José Penalva Buitrago
27. *Mirada a lo esencial*
Genaro Ramón Moreno Garmendia
28. *El sufrimiento a la luz de la misericordia de Dios*
Mónica Chavez Aviña
29. *La no-violencia activa*
Juan María Parent Jacquemin
30. *De todo corazón*
Xosé Manuel Domínguez Prieto
31. *Ciencia y conciencia: hacia una buena sociedad*
Carlos Díaz
32. *Democracia y participación ciudadana*
Juan Manuel Cabrera Santana
33. *La clase obrera hace historia*
Paco Zugasti
34. *Sustentabilidad ecológica y espiritualidad*
Carlos Díaz
35. *Para difundir sentido y esperanza*
Luis Narvarte
36. *La persona infirme*
Xosé Manuel Domínguez Prieto
37. *Bioética de bolsillo*
José-Román Flecha Andrés
38. *Mujeres pobres y trabajo en el mundo: lecciones de vida y esperanza*
M^a Amor Barros del Río
39. *Propuestas para hacer más humana esta economía*
Grupo del I. E. Mounier de La Rioja
40. *Las terceras vías de la democracia económica*
Joan Paredes Hernández
41. *De la simple indignación a la democracia moral*
Carlos Díaz
42. *Y porque me dueles te amo*
Carlos Díaz
43. *Detengamos la crisis. Las perversiones de un sistema que podemos cambiar*
Arcadi Oliveres
44. *Los procesos de cambio de la persona. Llegar a ser quien soy*
Antonio Piñas Mesa
45. *Contemplación e Inteligencia Espiritual*
José Luis Vázquez Borau

• SERIE VERDE

1. *Gandhi*
Esperanza Díaz Pérez (4.^a edición)
2. *Martin Luther King*
Emmanuel Buch Camí (3.^a edición)
3. *Teresa de Calcuta*
Javier García-Plata Polo (4.^a edición)
4. *Concepción Arenal*
Ana María Rivas (2.^a edición)
5. *Monseñor Oscar Romero*
Carlos Díaz (3.^a edición)
6. *Carlos de Foucauld*
José Luis Vázquez Borau (2.^a edición)
7. *Ángel Pestaña*
Antonio Saa Requejo (2.^a edición)
8. *Emmanuel Mounier*
Carlos Díaz (6.^a edición)
9. *Viktor Frankl*
Xosé Manuel Domínguez Prieto (2.^a edición)
10. *Maximiliano Kolbe*
Carlos Díaz (2.^a edición)
11. *Nikolái A. Berdiáev*
Marcelo López Cambronero (2.^a edición)
12. *Diego Abad de Santillán*
Fernando Pérez de Blas (2.^a edición)
13. *Guillermo Roviroso*
Carlos Díaz (3.^a edición)
14. *Flora Tristán*
M.^a de las Nieves Pinillos Iglesias
15. *Paulo Freire*
Luis Enrique Hernández González
16. *Gabriel Marcel*
Fernando López Luengos
17. *Dietrich Bonhoeffer*
Emmanuel Buch Camí
18. *Martin Buber*
Carlos Díaz (2.^a Edición)
19. *Ignacio Ellacuría*
José Luis Loriente Pardo
20. *Lorenzo Milani*
Guillermo García Domingo
21. *Charles Péguy*
Juan Carlos Vila
22. *Giner de los Ríos*
José Luis Rozalén

23. *Edith Stein*
Inés Riego de Moine
24. *Simone Weil*
Carmen Ibarlucea
25. *Andrés Manjón*
José Medina Ocaña
26. *José Luis L. Aranguren*
Carmen Herrando
27. *Fray Bernardino de Sahagún*
Jaime Septién Crespo
28. *Pedro Lain Entralgo*
Antonio Piñas Mesa
29. *Gregorio Marañón*
Ramón de la Fuente Cid
30. *Florence Nightingale*
María Encarnación Ayuso Gil
31. *Thomas Merton*
Ramón Cao Martínez
32. *Lanza del Vasto*
Juan José Morales
33. *Tito Brandsma*
Fernando Millán Romeral
34. *Albert Schweitzer*
José Luis Vázquez
35. *María Montessori*
Juan José Morales
36. *Pedro Kropotkin*
Luis Blanco
37. *Blaise Pascal*
Carmen Herrando
38. *Los hermanos Berrigan*
Andrés García Inda y Bárbara Arizti Martín
39. *Dorothy Day*
Ana Colomer Segura
40. *El genio de Francisco de Vitoria*
Ramón Hernández Martín, O. P.
41. *Nelson Mandela*
Julia Pérez Ramírez
42. *Miguel de Unamuno*
Carlos Díaz
43. *Bartolomé de Las Casas*
Ramón Valdivia Giménez
44. *Hermano Roger de Taizé*
Juan José Morales Ruiz
45. *Erasmus de Rotterdam*
Carlos Díaz

